

Julio César

Por

William Shakespeare

Freeditorial 

PERSONAJES.

JULIO CÉSAR.

OCTAVIO CÉSAR. Triunviro después de la muerte de César.

MARCO ANTONIO. Triunviro después de la muerte de César.

M. EMILIO LÉPIDO. Triunviro después de la muerte de César.

CICERÓN. Senador.

POPILIO LENA. Senador.

MARCO BRUTO. Conspirador.

CASIO. Conspirador.

CASCA. Conspirador.

DECIO BRUTO. Conspirador.

METELO CÍMBER. Conspirador.

CINA. Conspirador.

ARTEMIDORO. Sofista de Gnido.

UN ADIVINO.

CINA, un poeta.

OTRO POETA.

LUCILO. Amigo de Bruto y Casio.

TITINO. Amigo de Bruto y Casio.

MÉSALA. Amigo de Bruto y Casio.

CATÓN, el joven. Amigo de Bruto y Casio.

VOLUMNIO. Amigo de Bruto y Casio.

VARRO. Siervo de Bruto.

CLITO. Siervo de Bruto.

LUCIO. Siervo de Bruto.

DARDANO. Siervo de Bruto.

PÍNDARO, siervo de Casio.

CALPURNIA, mujer de César.

PORCIA, mujer de Bruto.

Senadores, ciudadanos, guardias, servidores, etc.

La escena pasa en los tres primeros actos en Roma. El cuarto en Sardis y el quinto en Filipos.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Una calle.

[Entran FLAVIO, MARULO y una turba de CIUDADANOS.]

FLAVIO

Idos á vuestras casas, gente ociosa.

A vuestras casas. ¿Por ventura es fiesta?

¡Qué! ¿no sabéis que siendo menestrales

Debéis llevar en días de trabajo

De vuestra profesión el distintivo?

Habla, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 1-º

Carpintero.

MARULO.

¿Dónde está tu mandil? ¿dónde tu regla?

¿Por qué te vistes tus mejores galas?

Y tú, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 2.º

Francamente,

con relación á trabajos finos, no hago, como si dijéramos, más que remendar.

MARULO.

¿Pero qué oficio es el tuyo? Contesta de seguida.

CIUD. 2.º

Oficio, señor, que espero seguir con la conciencia limpia, pues compongo lo que el roce del mundo desgasta.

MARULO.

Bribón, ¿qué oficio? Bribonazo, ¿qué oficio?

CIUD, 2.º

Suplico que no te descompongas; pero si te descompones, puedo componerte.

MARULO.

¿Qué quieres decir con eso? ¡Componerme, tunante!

CIUD 2.º

Sí, señor, remendaros

MARULO.

Con que eres remendón, ¿no es eso?

CIUD 2.º

Verdaderamente, vivo sólo de la chabeta; y no me meto ni en negocios ni con mujeres para no perderla. Soy, hablando con propiedad, cirujano de calzas viejas: cuando están lisiadas, yo las curo. Hombres tan de pro como los que más, han hecho camino con mis obras.

FLAVIO.

Pero ¿por qué no estás hoy en tu tienda? ¿Por qué vas capitaneando á estas gentes por las calles?

CIUD. 2.º

Franicamente, para que gasten el calzado y procurarme mayor parroquia; pero, á decir verdad, holgamos por ver á César y regocijarnos en su triunfo.

MARULO.

¿Por qué regocijaros? ¿qué conquista

Consiguió? ¿qué cautivos hoy en Roma

Son de las ruedas de su carro adorno?

Torpes, estultos, seres insensibles,

Pechos de pedernal, crueles Romanos,

¿Olvidáis á Pompeyo? ¿Cuántas veces

Muros, resaltos, torres y ventanas
Ocupasteis, llevando á vuestros hijos
En brazos, y esperasteis todo un día
Allí pacientes para ver de Roma
Al gran Pompeyo atravesar las calles?
¿Y su carroza al divisar, no hendieron
Vuestros gritos los aires de tal modo
Que el Tíber en su cauce retemblaba
Al escuchar los repetidos ecos
Que en sus cóncavas márgenes vibraron?
¿Y ahora os ponéis vuestro mejor vestido?
¿Y ahora queréis fraguaros una fiesta?
¿Y ahora esparcís en su sendero flores
Porque pisó la sangre de Pompeyo?

Idos:

Idos á vuestras casas. De rodillas
Impetrad de los Dioses que las plagas
Que pide tanta ingratitude suspendan.

FLAVIO. Idos, paisanos míos. Penitentes,
A los hombres reunid de vuestra clase,
Y al Tíber id; y con el llanto vuestro
Sus afluentes acreced de modo
Que sus orillas más excelsas besen.

(Vanse los ciudadanos.)

¡Mira cómo cedió su temple rudo!
¡Huyen amordazados por su culpa!
Del Capitolio tú la senda toma.

Yo por aquí. Despoja á sus estatuas
De todo adorno.

MARULO.

¿Pero puede hacerse?

Hoy son las Lupercales. Bien te consta.

FLAVIO.

Importa poco. Ni una imagen deja

De César con trofeos adornada.

Yo arrojaré á las turbas de las calles,

Y tú también si ves reunirse grupos.

Las plumas estas, por demás crecidas,

Que á las alas de César arrancamos,

Harán que vuelo más rastrero tome;

Pues si no, lo perdiéramos de vista,

Sumiendo a todos en servil espanto. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.-Una plaza pública.

[Entran, procesión con música, CÉSAR, ANTONIO ataviado para las carreras, CALPURNIA, PORCIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO y CASCA. Gran muchedumbre los sigue, entre ellos un ADIVINO.]

CÉSAR.

¡Calpurnia!.

CASCA

Callen todos. César habla.

(Cesa la música.)

CÉSAR.

¡Calpurnia!

CALPUR.

¿Qué, señor?

CÉSAR.

Cuando corriere Antonio, ponte en su camino.—¡Antonio!

ANTONIO.

César, Señor.

CÉSAR.

Antonio, no te olvides

De tocar á Calpurnia cuando corras.

Los viejos dicen que mujer estéril

Que se tocare en tan sagrado curso,

Será fecunda.

ANTONIO.

Lo tendré presente.

Si dice César «Eso harás,» se hace. (Música.)

CÉSAR.

Seguid. No falte ceremonia alguna.

ADIVINO.

¡César!

CÉSAR.

¿Quién llama?

CASCA.

Que se callen todos.

Silencio ya. (Cesa la música.)

CÉSAR.

¿Quién es el que me llama?

Más fuerte que la música, vibrante

Humana voz oigo gritarme «¡César!»

Habla, que César se dispone á oírte.

ADIVINO.

De los idus de marzo desconfía.

CÉSAR.

¿Quién es?

BRUTO.

Un adivino que guardarte

De los idus de marzo te aconseja.

CÉSAR.

Tráiganlo aquí. Le quiero ver el rostro.

CASIO.

Sal tú de entre la turba; mira á César.

CÉSAR.

Ahora ¿qué dices? Habla nuevamente.

ADIVINO.

De los idus de marzo desconfía.

CÉSAR.

Un soñador. Dejémosle.—Adelante.

(Música. Vanse todos menos Bruto y Casio.)

CASIO.

¿Vas á ver cómo salen las carreras?

BRUTO.

No tal.

CASIO.

Te lo suplico.

BRUTO.

No me gustan

Los juegos. Algo de ese genio alegre

Que en Antonio se ostenta, me hace falta

Pero tus gustos impedir no quiero.

Te dejo, Casio.

CASIO.

Bruto, he observado

Que de los ojos tuyos la indulgencia

Y el cariño de antes no recibo;

Y tu reserva y tu frialdad son hartas

Para el amigo que te quiere.

BRUTO.

Casio,

Te equivocas. Velar mis ojos quise,
Para que yo tan solo percibiese
El dolor que se asoma á mi semblante.

Por contrarias pasiones conmovido
Me encuentro: por ideas que me callo,
Fundamento, quizás, de mi conducta.

Así que mis amigos no se ofendan,
Y entre ellos sabes, Casio, que le cuento.

Ni penséis que motiva mi desvío
Ninguna otra razón, sino que olvida
Su amor á los demás el triste Bruto
En esta lucha que consigo trae.

CASIO.

Mal, Bruto, entonces te juzgué. Por eso
Importantes ideas, serias dudas
He sepultado en este pecho mío.
Dí, Bruto, ¿puedes tú verte la cara?

BRUTO.

No, Casio. No se pueden ver mis ojos
Si otro objeto no logra reflejarlos.

CASIO.

Verdad; y es grande lástima que espejo,
Bruto, tú no poseas que refleje
A tus ojos tus méritos ocultos,
Y así tu imagen contemplar podrías
A la gente mejor que Roma encierra—
Excepto César inmortal—hablando

De Bruto, oí decir, al lamentarse
Del triste yugo que esta edad soporta:
Que ojalá que los ojos Bruto abriera.
BRUTO.

¿A qué peligros me conduces, Casio,
Que en mí lo que no hay quieres que busque?
CASIO.

Escucha, entonces, Bruto; y ya que sabes
Que sólo por reflejo puedes verte,
Tu espejo yo, descubriré modesto
Lo que existe en tu ser que no conoces.
Y no dudes de mí, Bruto querido,
Que nunca fuí chancero, ni acostumbro
Con juramentos sazonar protestas
De amistad á cualquier advenedizo.
Si imaginas que adulo, que á persona
Que á mi pecho he estrechado vilipendio,
O si te consta que en festines hice
Protestas de amistad á todo el mundo,
Por nombre entonces peligroso tenme.
(Clarines y gritos.)

BRUTO.
¿Qué significan estos gritos? Temo
Que aclama por su rey la gente á César.

CASIO.
¡Ah, lo temes! ¿no es cierto? Pues entonces
Debo pensar que no te agrada.

BRUTO.
Casio,
Es verdad; y le quiero bien no obstante.

Mas ¿por qué me detienes tanto tiempo?
¿Qué me quieres decir? Si fuere cosa
Que con el bien común se relacione,
Pon la honra y la muerte ante mis ojos,
Y con igual impavidez la vista
En ambas fijaré. Porque á los Dioses
Juro yo que es mi amor de la honra al hombre
Más grande que mi miedo de la muerte.

CASIO.

Tu ingénita virtud conozco, Bruto,
Lo mismo que conozco tu semblante.
Pues bien: se trata de la honra. Ignoro
Lo que pensáis tú y otros de esta vida.
En cuanto á mí, mejor vivir no quiero
Que vivir y temer á un semejante.
Libre nací cual César. Tú lo propio.
Ambos fuimos cual él alimentados;
Y ambos podemos soportar el frío
Del invierno cual él; pues cierto día
Tempestuoso y crudo, en que luchaba
Con sus playas el Tíber agitado,
César me dijo: «Casio: ¿te atrevieras
A echarte en la colérica corriente
Y aquel punto alcanzar?» Con mi armadura
Vestido como estaba, al escucharlo,
Me arrojé, convidándole á seguirme.
Y lo hizo. Rugía la corriente
Que con músculos rudos azotamos,
Abriéndonos camino al afrontarla
Con intrépidos pechos; pero antes

De llegar á aquel punto, César grita:
«Dame tu auxilio, Casio, ó me sumerjo.»
Cual nuestro insigne antecesor Eneas
De la incendiada Troya al viejo Anquises
Sacó sobre sus hombros, yo al casado
César saqué del Tíber; y este hombre
Ahora es un Dios, y Casio un miserable
Que el cuerpo tiene que inclinar si acaso
César le inclina, al verle la cabeza.
En España, una vez que fiebre tuvo,
Observé cual temblaba en el acceso.
No; no lo dudes. ¡Este Dios temblaba!
Huyó el color de sus cobardes labios;
Y esos ojos, que espanto al mundo infunden,
Su luz perdieron. Le escuché quejarse,
Sí tal; y era su voz que á los Romanos
Aconsejó la oyeran y en sus libros
Sus frases escribir—¡quién lo creería!—
«Titino, dame de beber,» gritaba,
Como niña doliente. Causa asombro,
¡Oh Dioses! que hombre de tan débil fibra
Sea el primero de este inmenso mundo
Y se lleve la palma. (Clarines y gritos.)

BRUTO

¡Aun mas aclamaciones!
Me pienso que motivan los aplausos
¡Nuevos honores con que á César brindan.

CASIO.

¡Vaya! Se apoya sobre el mundo estrecho
Cual coloso. Nosotros ¡pobres hombres!

Bajo sus grandes piernas caminamos
En pos de deshonrosas sepulturas.
Es de su suerte dueño el hombre á veces,
No es culpa de los astros, caro Bruto,
Es culpa nuestra que vivamos siervos.
¡César y Bruto! ¿Qué hay en ese César?
¿Por qué ese nombre suena más que el tuyo?
Escritos, son iguales: pronunciados,
Igual cadencia tienen. Si se pesan,
Pesan lo mismo. Conjurar se puede
Con ambos, y un espíritu tan presto
Con Bruto se alzaré como con César.
Pues bien, en nombre de los Dioses todos
Para tan grande ser el César este,
¿De qué se alimentó? ¡Funesto siglo!
Tu raza, Roma, de preclara sangre
No existe ya. Desde el diluvio, ¿cuándo
Hubo época alguna en que existiera
Un hombre nada más digno de fama?
¿Quién jamás, al hablar de Roma, dijo
Hasta este instante, que sus anchos muros
Un hombre solamente contenían?
Ya Roma es grande... y por demás, pues sólo
Un hombre en ella vive. ¡Oh! nuestros padres
Á tí y á mi de un Bruto nos contaron
Que su solio asentar dejara en Roma
Al diablo antes que á un rey.
BRUTO.
Tu amistad ni un instante pongo en duda.
Tus fines, incitándome, vislumbro.

Cómo y cuándo he pensado en estas cosas
Sabrás más adelante. Por ahora,
Por mi amistad te lo suplico, cesa
De conmovirme más. Lo que me has dicho
Pesaré. Lo que tengas que decirme
Oiré con atención, y tiempo propio
Para oír y tratar tan importantes
Asuntos buscaré. Mi buen amigo,
Hasta ese instante lo que digo rumia.
Bruto más se estimara ruin villano.
Que cual hijo de Roma se estimara
Soportando las duras condiciones
Que estos tiempos acaso nos impongan.

CASIO.

Celebro que mis débiles palabras
De Bruto al menos estas chispas saquen.

BRUTO.

Los juegos terminaron. César vuelve.

CASIO.

De la manga al pasar á Casca tira:
Te contará con su acritud de siempre
Cuanto hubiere ocurrido de importancia
(Vuelve á entrar César con su séquito.)

BRUTO.

Así lo pienso hacer; mas mira, Casio;
La cólera en la faz de César arde,
Azorados están los que le siguen,
Pálida la mejilla de Calpurnia;
Y Cicerón, cual comadreja, chispas
Va echando por los ojos, como suele

Cuando algún senador le contradice.

CASIO.

Casca nos contará lo que ha ocurrido.

CÉSAR.

¡Antonio!

ANTONIO.

¡César!

CÉSAR.

Haz que me circunde

Gente obesa y peinada y que no vele.

¡Qué flaco! ¡qué famélica apariencia

Es la de Casio! Por demás cavila,

Y tales hombres son muy peligrosos.

ANTONIO.

No es peligroso, no le temas, César;

Es honrado Romano y bien dispuesto.

CÉSAR.

¡Más grueso lo quisiera! Mas ¡no importa!

Y, sin embargo, si al temor sensible

Fuera mi sér, de nadie recelara

Cual de ese enjuto Casio. Mucho estudia;

Es gran observador, y los motivos

Ve de humanas acciones. Nunca, Antonio,

Cual asistes, asiste á las comedias;

No oye música, rara vez sonrío,

O sonrío de modo que parece

Mofarse de sí mismo, despreciando

El buen humor que á sonreír le obliga.

Tales hombres jamás dicha disfrutan

Mientras ven otro que les hace sombra,

Y son peligrosísimos por tanto.
Te digo yo lo que temerse debe,
No lo que temo yo: siempre soy César.

A mi diestra colócate; soy sordo
De este oído. Qué piensas de él deseo
Que con completa ingenuidad me digas.
(Vanse César y su séquito, excepto Casca.)

CASCA.

Me tiraste del manto. ¿Querías hablarme?

BRUTO.

Sí, Casca. Cuéntanos qué ha pasado hoy y qué motiva el que César esté tan abatido.

CASCA.

Pues le ofrecieron una corona; y, ofrecida que le fué, la apartó de sí con la mano, y el pueblo le vitoreó.

BRUTO.

¿Qué motivó el segundo clamoreo?

CASCA.

Pues lo mismo.

CASIO.

Gritaron tres veces. ¿Qué motivó la última aclamación?

CASCA.

Pues lo mismo.

BRUTO

¿Le ofrecieron tres veces la corona?

CASCA.

Sí, señor, y la apartó de sí tres veces; pero cada vez con más suavidad, y cada vez que la apartaba de sí mis humildísimos convecinos le vitoreaban.

CASIO

¿Quién le ofreció la corona?

CASCA.

Pues Antonio.

BRUTO.

Dínos cómo, amigo Casca.

CASCA.

Ahórquenme si puedo decir cómo fué aquello. Fué una pura farsa, y no presté atención. Vi á Marco Antonio ofrecerle una corona, que, á derechas, no era una corona, sino una especie de diadema; y, como os decía, la separó de sí una vez; pero aunque eso hizo, á mí me pareció como que la quería atrapar. Luego se la ofreció otra vez, y nuevamente la apartó de sí, pero á mí me pareció como que le disgustaba separársela de sus manos; y luego se la ofreció la tercera vez, y la apartó de sí por tercera vez; y, mientras que así la rehusaba, la chusma gritaba y aplaudía con sus callosas manos, echando al aire sus sudosos gorros y exhalando tantos y tan apestosos clamores porque César había rehusado la corona, que casi lo asfixiaron, pues se desmayó y cayó redondo. Yo, por mi parte, no me atreví á reirme, por temor de que al abrir mi labios se me colase ese aire inmundo.

CASIO.

Pero, párate, te ruego. ¿Se desmayó César?

CASCA.

Cayó al suelo en la plaza, echando espumarajos por la boca y quedó sin habla.

BRUTO.

Es probable. Padece el mal caduco.

CASIO.

No; César no tiene ese mal. Tú y yo y el honrado Casca, si que tenemos el mal caduco.

CASCA.

No sé qué quieres decir con eso, pero estoy seguro de que César cayó al suelo. Y era de ver cómo la turbamulta le aplaudía ó le silbaba, del mismo modo que hacen con los cómicos en el teatro.

BRUTO.

¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA.

¡Vaya! antes de caer y cuando se enteró de que la muchedumbre se alegraba de que rehusara la corona, desabrochóse, presentando su cuello para que se lo cortasen. ¡Váyame al infierno entre los réprobos si, á ser del oficio, no le hubiera cogido la palabra! Y en esto cayó. Cuando volvió en sí, manifestó que si había dicho ó hecho algo que les desagradara, que se persuadiesen sus señorías que era por razón de su mal. Tres ó cuatro mujerzuelas que se hallaban junto á mí exclamaron: «¡Ay, qué buen alma!» y lo perdonaron de todo corazón; pero no hay que hacerles gran caso; pues, si César hubiera dado de puñaladas á sus madres, no hubieran dicho menos.

BRUTO.

¿Y después de esto se vino tan abatido?

CASCA.

Sí.

CASIO.

¿Cicerón dijo algo?

CASCA.

Sí. Habló en griego.

CASIO.

¿Sobre qué?

CASCA.

Largo tiempo esperarás, si esperas á que yo te lo diga. Sin embargo, los que lo entendían miráronse y sonrieron moviendo sus cabezas; pero para mí fué griego. Podría daros aún más nuevas. Han puesto á buen recaudo á Marulo y á Flavio por haber despojado de sus adornos las estatuas de César. Aun más necedades pudiera referir si las recordara.

CASIO.

¿Quieres cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA.

No: estoy comprometido.

CASIO.

¿Comerás conmigo mañana?

CASCA.

Sí tal, si vivo, si eres de la misma opinión y si tu comida vale la pena de ser comida.

CASIO.

Corriente. Te esperaré.

CASCA.

Hazlo. Salud ambos. (Vase.)

BRUTO.

Con los años, ¡qué áspero se ha vuelto!

Y era, al ir á la escuela, de buen temple.

CASIO.

Lo es, aunque tan toscas formas gaste,

Si se trata de audaz y noble empresa.

Su rudeza es la salsa de su ingenio,

Y hace á las gentes digerir sus frases

Con mejor apetito.

BRUTO.

Verdad. Te deajo ahora. Si es que quieres

Connigo hablar, iré mañana á verte,

O á mi casa ven tú, si así te place.

CASIO.

Iré Piensa hasta entonces en el mundo.

(Vase Bruto.)

Honrado eres tú, Bruto; mas sin duda

Ese honrado metal puede en la forja

Temple perder. Por eso es conveniente

Que el alma noble con su igual se trate.

¿Quién á la seducción siempre fué sordo?

César me odia; pero quiere á Bruto.

Si fuese Bruto yo, y él fuese Casio,

No me engañara, no. Varios escritos

Esta noche echaré por la ventana

Cual si partieran de diversa gente:

Todos hablando del respeto grande
Con que su nombre se pronuncia en Roma,
E indicando de paso y con embozo
De César la ambición. Después, que César
A la silla se agarre. O lo botamos,
O á soportar mayores males vamos. (Vase)

ESCENA III.

Roma — Una calle.

Truenos y relámpagos.

Entran en direcciones opuestas CASCA con la espada desenvainada y
CICERÓN.

CICERÓN.

Casca, salud. ¿Llevaste á casa á César?

¿Por qué tan sin aliento y espantado?

CASCA.

¿No te conmueve ver la tierra firme

Vacilante temblar? Yo tempestades

He visto, Cicerón, en las que el viento

Tronchó con frenesí nudosa encina.

He visto al mar en su ambición, rugiente,

Hinchado y espumoso, confundirse

Pretender con la nube amenazante.

Mas nunca hasta esta noche, hasta ahora mismo,

Ví tempestades en que el fuego llueve.

O hay en los cielos intestina lucha,

O con los Dioses enojado el mundo

Su destrucción impávido provoca.

CICERÓN.

Cierto. ¿Has visto fenómeno más raro?

CASCA.

Un siervo—tú de vista lo conoces—

Alzó su mano izquierda, y llameaba

Ardiendo cual si fuese veinte antorchas,

Sin sentir impresión y sin quemarse.

Aún más—mi diestra aun la espada empuña,—

Hallé un león rondando el Capitolio,

que, torvo huyendo, con furor me mira

Sin dañarme. Cien pálidas mujeres

En un grupo reunidas, trastornadas

por el terror, que vieron me juraron

Ir las gentes ardiendo por las calles.

En el mercado ayer aves nocturnas

Viniéronse á posar al mediodía

Graznando y ayeando. Cuando ocurren

Tales prodigios, no nos digan luego:

«Es natural y son sus causas éstas...»

Pues, en mi juicio, anuncios portentosos

Para los pueblos son que así señalan.

CICERÓN.

Rara época es; pero estas cosas

Cada cual interpreta á su manera

Sin encontrar su conexión precisa.

¿Viene César mañana al Capitolio?

CASCA.

Sí; pues á Antonio le ordenó mandarte

Aviso de que allí mañana iría.

CICERÓN.

Buenas noches. El cielo airado. Casca,

Impide pasear.

CASCA.

Muy buenas noches,

Cicerón. (Vase Cicerón.)

(Entra CASIO.)

CASIO.

Dí, ¿quién eres?

CASCA.

Un romano.

CASIO.

Por tu voz, eres Casca.

CASCA

Buen oído.

¡Qué horrenda noche, Casio!

CASIO.

Noche hermosa

Para un hombre de bien.

CASCA.

¡Quién viera nunca

Un cielo tan airado!

CASIO.

Quienes vieran

Tan repleto de crímenes el mundo.

Por mi parte, las calles recorriendo,

Desprecié los peligros de esta noche,

Y cual me ves aquí, desabrochado,

A las centellas desnudé mi pecho;

Y al cruzar los relámpagos azules,

Que el seno abrir del cielo parecían,

Yo me ofrecí cual blanco de su golpe.

CASCA.

Pero, ¿por qué tentar así á los cielos?
Toca al hombre temblar y estremecerse
Cuando emisarios mandan tan terribles
Los altos Dioses para espanto nuestro.

CASIO.

¡Cuán torpe, Casca, eres! O te falta
Ese fuego vital que es de romanos,
O no lo muestras. Pálido te veo,
Pusilánime, dándote al asombro
Al ver del cielo la tremenda furia;
Pero si tú las causas comprendieras
Del por qué de esos fuegos, de esas sombras
Que vagan; de por qué brutos y aves
Su calidad y sus instintos pierden;
Por qué los viejos juegan, y los niños
Cavilan, y por qué los seres todos,
Leyes, naturaleza y facultades
Contraviniendo, monstruos aparecen...
Si eso vieras, verías que los cielos
Con su espíritu mismo los animan,
Y como medios de terror los usan
Para anunciarnos monstrüosos males.
Ahora bien, Casca: te hablaré de un hombre
Cual la noche que así relampaguea,
Y truena y los sepulcros abre, y ruge
Como ruge el león del Capitolio;
De un hombre á quien tú igualas y yo igualo
En su íntimo ser, mas que ha crecido
Tan gigante y se muestra tan terrible

Cual estas espantosas conmociones.

CASCA.

¿César no es ése de quien hablas, Casio?

CASIO.

Sea quien sea. Músculos y nervios
Hoy tienen los romanos, cual tenían
Nuestros antecesores; mas ¡ay triste!
Muertas las almas ya de nuestros padres,
De madres el espíritu nos rige,
Que es femenil nuestra humildad indigna.

CASCA.

Mañana, según dicen, el Senado
A César aclamar por rey pretende;
Y exceptuando Italia, en todas partes,
Por mar y tierra, llevará corona.

CASIO.

Sé dónde entonces llevaré mi daga.
Casio de esclavitud á Casio indulta.
Así, Dioses, hacéis al débil fuerte;
Así, Dioses, postráis á los tiranos.
Ni alta torre de piedra, ni muralla
Hecha de bronce, ni escondida cárcel,
Ni eslabones de hierro ponderosos
El vigor del espíritu aprisionan.
Harta la vida de mortales trabas,
Siempre el poder de eliminarse tiene.
Esto sé yo, y el mundo entero sepa
Que la parte de yugo que me toque,
Yo sabré sacudir cuando me plazca.
(Sigue tronando.)

CASCA.

Y yo también, y á todo el mundo es dado
Su servidumbre cancelar si quiere.

CASIO.

¿Por qué ha de ser tirano entonces César?
¿Pobre hombre! quizás no fuera lobo
Si ovejas no creyese á los Romanos.
León no hubiera sido á no ser ciervos
Los Romanos. Incendio formidable
Con míseras aristas se promueve.
¿Qué andrajo, qué desecho, qué inmundicia
Es Roma que á propósito se juzga
Para alumbrar cosa tan vil cual César?
Pero ¡ay de mí! ¿á dónde me conduces?
Hablo quizás con voluntario siervo;
Tendré que responder de mis palabras,
Mas armas llevo y de peligros mofo.

CASCA.

Hablas á Casca, y hablas con un hombre
Que charlatán no es.—Dáme tu mano.—
Procura conjurar estas desdichas,
Y este pie marchará tan adelante
Como el que marche más.

CASIO.

El trato acepto.
Ahora, Casca, sabrás que he convencido
Á algunos nobilísimos Romanos,
Para una empresa acometer unidos
De honrosas y arriesgadas consecuencias.
Me aguardan en el atrio de Pompeyo

En este instante. En tan horrenda noche
No recorre las calles gente alguna.
Los elementos animar parecen
La obra que traemos entre manos,
Feroz y sanguinaria y espantosa.

CASCA.

Apártate, que alguno aquí se acerca.

CASIO.

Es Cina. Lo conozco por los pasos.

Amigo es.

(Entra CINA.)

¿Adónde tan aprisa?

CINA.

En busca tuya vengo. ¿Quién es éste?

¿Es, dí, Metelo Címber?

CASIO.

No tal; Casca.

Un afiliado en vuestra empresa.—Díme

¿No contabais conmigo?

CINA.

Lo celebro.

¡Qué horrenda noche! Extraordinarias cosas

Dos ó tres de los nuestros observaron.

CASCA.

¿No contabais conmigo?

CINA.

Sí, por cierto.

¡Oh Casio, si pudieras

Hacer que el noble Bruto nuestro fuese!...

CASIO.

Ten calma. Toma este papel, buen Cina.

Sobre la silla pretorial de modo

Trátalo de dejar que lo halle Bruto.

Este procura echar por su ventana.

En la estatua del viejo Bruto fija

Este con cera, y vuelve con nosotros

A reunirse en el atrio de Pompeyo.

¿Estan allí Trebonio y Decio Bruto?

CINA.

Menos Metelo Cíंबर, todos. Este

Fué á buscarte á tu casa. Cual me ordenas,

Voy á distribuir estos escritos.

CASIO.

Después ven al teatro de Pompeyo. (vase Cina.)

Casca, ven, porque antes que amanezca

Ver á Bruto debemos en su casa:

Tres partes de él es mío; todo entero

Se entregará en la próxima entrevista.

CASCA.

El pueblo en alta estimación lo tiene,

Y aquello que en nosotros fuera indigno,

Su apoyo, por alquimia misteriosa,

Transformará en virtudes y excelencias.

CASIO.

Lo juzgas bien; su mérito comprendes

Y la gran falta que nos hace. Vamos:

La media noche es ya, y antes del alba

Despertarlo debemos y atraerlo. (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Jardín de la casa de Bruto.

(Entra BRUTO.)

BRUTO.

¡Hola, Lucio!—No puedo por los astros
Acertar cuánto falta para el día.

¡Hola, Lucio!—Quisiera de ese modo
Poder dormir.—¡Eh, Lucio! Presto, presto,
Que te despiertes digo. —¡Vamos, Lucio!

(Entra LUCIO.)

LUCIO.

¿Llamaba mi señor?

BRUTO.

Un candelabro
Lleva á mi estudio, enciéndelo y avisa.

LUCIO.

Lo haré, señor. (Vase.)

BRUTO.

Con su muerte ha de ser; mas por mi parte
Para oponerme á él, sólo me impulsa
El bien común. ¡Pretende la corona!
Y es el caso saber hasta qué punto
Su condición se mudará con eso.
La clara luz del sol engendra al áspid.
Seamos cautelosos.—¿Coronarlo?
Eso... y así, le damos — concedido —

Aguijón con que hacer el daño puede.
Achaque suele ser de quien se encumbra
Divorciar el poder y la conciencia.
Pero nunca, en verdad, vi subyugada
De César la razón á sus pasiones.
De incipiente ambición la escala empero
Es la humildad. Lo prueba la experiencia.
El trepador para subir la mira,
Pero al llegar al último peldaño,
Le vuelve las espaldas, mira al cielo,
Y desdeña los tristes escalones
Que le encumbraron. Puede hacerlo César.
Evitémoslo antes que lo hiciera;
Y pues razón no existe por ahora,
Es forzoso argüir que al encumbrarse
Estas desgracias surgirán y aquéllas.
Que hay que creer que es huevo de serpiente
Que dañino será cuando se incube,
Y que en el cascarón matar es fuerza.
(Vuelve á entrar LUCIO.)

LUCIO.

Arde en vuestro aposento el candelabro.
Una yesca al buscar, en la ventana
Este papel hallé, que estoy seguro
Que allí no estaba cuando fuí á mi lecho.

BRUTO.

A tu lecho retorna.—Aun no es de día.—
¿Son los idus de marzo, dí, mañana?

LUCIO.

Señor, yo no lo sé.

BRUTO.

Pues examina el calendario y vuelve.

LUCIO.

Así lo haré, señor. (vase Lucio.)

BRUTO.

Las centellas que cruzan por el aire

Bastante luz para leer me prestan

(Abre el papel y lee.)

«Bruto, duermes; despierta y sé tú mismo.

Y ¿debe Roma etcétera? Levanta

Tu voz, hiere, corrige. Bruto, duermes;

Despierta.» Instigaciones semejantes

Con frecuencia colocan á mi paso.

«Y ¿debe Roma etcétera?» Precisa

Su frase terminar. ¿Y debe Roma

Bajo el terror vivir de un hombre solo?

¿Qué? ¿Roma?—No arrojó mi antepasado

De las Romanas calles á Tarquino

Cuando se quiso rey llamar?—«Levanta

Tu voz, hiere, corrige.» Me suplican

Que levante la voz, que hiera...¡Oh, Roma.

Si corregir se puede, te prometo

Que Bruto hará justicia á tu demanda.

(Vuelve á entrar LUCIO.)

LUCIO.

De marzo corren ya catorce días.

BRUTO.

Bien. Cuida de la puerta. Llama alguno.

(Vase Lucio.)

Desde que Casio censurara á César

No he pegado los ojos.
Entre cumplir un acto tan terrible
Y mi primer impulso, el intervalo
Es cual fantasma de espantoso sueño.
El alma y mis potencias corporales
En discusión están, y así padece
Mi humano ser, como abatido reino.
Cruel revolución.

Vuelve á entrar LUCIO.

LUCIO.

Es el que llama vuestro hermano Casio.
Que os quiere ver, señor.

BRUTO.

Dí, ¿viene solo?

LUCIO.

Otros vienen con él.

BRUTO.

¿Tú los conoces?

LUCIO.

No señor. Embozados todos vienen;
Sus sombreros calados sobre el rostro
Para que nadie conocerlos pueda
Por sus facciones.

BRUTO.

Pasen adelante. (Vase LUCIO)

Los conjurados son. ¿Dí, te sonroja,
Conspiración, mostrar tu faz siniestra
De noche y cuando el mal tan libre vaga?
¿Dónde entonces verás, al ser de día,
Caverna suficientemente oscura

Para ocultar tu cara monstruosa?
No la busques. Tu rostro con sonrisas
Halagador encubre, que ostentando
Tu natural semblante, ni el Erebo
Tan opaco será que te guarezca.

(Entran CASIO, CASCA, DECIO, CINA, METELO, CÍMBER y
TREBONIO.)

CASIO.

Perturbamos, me temo, tu reposo.
Salud, Bruto. ¿Venimos á estorbarte.

BRUTO.

Una hora hace que salí del lecho,
Pues no pude dormir la noche entera.
¿Son conocidos míos estos hombres?

CASIO.

Todos lo son y á nadie ves que deje
De venerarte; y todos desearían
Que la opinión tuvieras de tí mismo
Que de tí todo noble en Roma tiene.
Este es Trebonio.

BRUTO.

Bien venido sea.

CASIO.

Decio Bruto.

BRUTO.

También muy bien venido.

CASIO.

Casca, Cina, Metelo Cíंबर éste.

BRUTO.

Muy bien venidos todos.

¿Qué velador cuidado se interpuso
Entre los ojos vuestros y la noche.

CASIO.

¿Permites que te diga una palabra?

(Bruto y Casio hablan aparte.)

DECIO.

El Oriente es aquel. ¿Por ese lado

No rompe el día?

CASCA.

No.

CINA.

Sí tal. Perdona,

Esas franjas grisáceas, que guarnecen

Las nubes, mensajeras son del día.

CASCA.

Confesaréis que estáis equivocados.

Ahí sale el sol donde mi espada apunta,

Mucho más hacia el Sur, pues es preciso

Tener en cuenta la estación del año.

Dentro de un par de meses, más al Norte

Despuntará su luz. Yace el Oriente

En igual dirección que el Capitolio.

BRUTO.

Dadme las manos vuestras uno á uno.

CASIO.

Y juremos cumplir nuestro proyecto.

BRUTO.

No; no juréis. Si el sonrojado rostro,

Si la angustia del alma, si el reproche

Del mundo no son móviles bastantes,

Pongamos aquí fin, y cada uno
Vuélvase en busca del ocioso lecho.
Pábulo dad al fiero despotismo,
Y caigamos después uno tras otro.
Mas si estímulos son, como los juzgo,
Si su fuego enardece aun al cobarde,
Si con la cota del valor reanima
Aun de la hembra el desmayado aliento,
¿Qué estímulo mayor, paisanos míos,
Que nuestra propia causa, que nos lleva
Correctivo á buscar? ¿ni qué más lazo
Que la palabra que empeñada tienen
Nobles Romanos que cejar no saben?
¿Qué juramento más que el compromiso
De nuestra honra con la honra ajena,
De cumplir ó morir en la demanda?
Que juren sacerdotes y cobardes,
Hombres astutos, viejos corrompidos,
Y almas enfermas que en el mal se gozan,
Que en viles causas juren esos seres
De quienes cabe duda: no turbemos
La serena virtud de nuestra empresa
Ni el temple de este espíritu indomable,
Pensando que requieren nuestra causa
Ni nuestros actos juramento alguno,
Pues cada gota que de sangre lleva
Cada Romano, con orgullo tanto,
Es culpable de sendas bastardías
Si en la parte más mínima faltase,
Tan siquiera una vez, á su promesa.

CASIO.

¿Qué hacer con Cicerón? ¿Lo tanteamos?

Su auxilio puede ser de gran valía.

CASCA.

No está bien excluirlo.

CINA.

No por cierto.

METELO.

¡Oh! Contemos con él. Sus níveas canas

Nos ganarán la estima de las gentes,

Y comprarán las lenguas que realcen

Nuestros actos. Dirán que su talante

Nuestras manos guió, sin que aparezcan

Ni nuestra poca edad ni audaz conducta,

En su imponente calma sepultadas.

BRUTO.

No le nombréis. En él no confiamos.

No seguirá jamás plan que otro inicie.

CASIO.

Pues dejadlo.

CASCA.

Verdad; no nos conviene.

DECIO.

¿Morirá sólo César?

CASIO.

Oportuna

Es la pregunta, Decio. Marco Antonio,

De César tan querido, no debiera

Sobrevivir á César. En intrigas

Es hábil; ya sabéis que tiene medios

Y puede, aprovechándolos, dañarnos.
Precaviéndonos, pues es conveniente.
Que á un mismo tiempo Antonio y César caigan.

BRUTO.

Sangrienta por demás nuestra conducta,
Cayo Casio, creerán, tajando miembros
Después de haber cortado la cabeza.
Cual si la muerte diéramos con furia,
Y la crueldad siguiese, pues Antonio
Es de César un miembro solamente.
Ser sacrificadores es preciso,
No carniceros, Casio. Nos alzamos
Todos contra el espíritu de César;
Y del hombre el espíritu no sangra.
¡Oh, que herir al espíritu de César,
Sin lastimar su cuerpo, fuera dado!
Mas, ¡ay, que César sangrará por ello!
Matémosle, dignísimos amigos,
Con valor, no con saña. Que aparezca
Manjar para los Dioses preparado,
Y no despojo de lebreles digno.
Que nuestros corazones nos inciten,
Y que al par nos contengan, como suelen
Hacer astutos amos cuando impulsan
A sus sirvientes á violenta empresa.
Esto hará que parezca necesario
El propósito nuestro, no venganza;
Y, á la vista del público, seremos
Purgadores así, mas no asesinos.
Y, en cuanto á Marco Antonio, no os preocupe;

Hará lo que de César haga el brazo,
Cuando de César falte la cabeza.

CASIO.

Le temo yo, no obstante; que profunda
Es su amistad á César.

BRUTO.

¡Ay, buen Casio!

No pienses más en él. Si quiere á César,
Él hará lo que pueda por sí solo;

Morir por César de dolor: y eso

Es hartó, pues le agrada divertirse,

La crápula y el trato de las gentes.

TREBON.

Temerle no debemos. Que no muera.

Que viva, y él reirá de esto más tarde.

BRUTO.

Silencio. ¿Qué hora es? (Suena un reloj.)

CASIO.

Las tres sonaron.

TREBON.

Separarnos debemos.

CASIO.

Aun se duda

Si César hoy saldrá. Supersticioso

Se ha vuelto últimamente, abandonando

Las creencias que tuvo en otros tiempos

Sobre prodigios, sueños y visiones.

De esta noche el espanto nunca visto,

Y la opinión de sus augures, puede

Quizá impedir que hoy vaya al Capitolio.

DECIO.

Tal cosa no temáis; si eso pensare.
Yo le convenceré, pues aunque escucha
Con la risa en los labios que se apresan
Unicornios con árboles, y osos
Con espejos, con hoyos elefantes,
Con red leones y hombres con lisonjas,
Cuando después le digo que detesta
á todo adulator, «sí,» me responde,
Precisamente cuando más lo adulo,
Dejadme trabajar:
Dando á su humor la dirección precisa,
Yo lograré que vaya al Capitolio.

CASIO.

No tal. Todos iremos á buscarlo.

BRUTO.

Cuando dieren las ocho, ¿no más tarde?

CINA.

No más tarde ha de ser. Que no haya falta.

METELO.

Es á César hostil Cayo Ligario,
Que reprendido fué porque á Pompeyo
Encomió; mas lo echáis ahora en olvido.

BRUTO.

Pues, amigo Metelo, vé en su busca.
Me quiere bien, y con razón de sobra.
Dí que venga; veré de asegurarlo.

CASIO.

Va amaneciendo; te dejamos, Bruto.
Partid, amigos. Todos recordemos

Lo dicho, y demostrad que sois Romanos.

BRUTO.

Dignísimos amigos, bulliciosos
Ostentaos y alegres, no se vea
El propósito nuestro en el semblante;
Y, como nuestros cómicos romanos,
Serenidad al exterior y brío,
Y á despedirnos ya.—Salud á todos.

(Vanse todos menos Bruto.)

¡Muchacho! ¡Lucio! ¿Duermes?—Nada importa.

El plácido, dulcísimo rocío
Goza del sueño. Libre de quimeras,
De fantasmas estás, con que al cerebro
Oprimen de este mundo los cuidados
Por eso gozas sueño tan tranquilo.

(Entra PORCIA.)

PORCIA.

Bruto, señor.

BRUTO.

Mas, Porcia, ¿qué te pasa?
¿Por qué el lecho abandonas tan temprano?
No es conveniente á tu salud que espongas
Tu frágil ser del alba á la crudeza.

PORCIA.

Ni á tu salud tampoco: ahora dejaste
Mi lecho con desdén, y de repente
Te levantaste de la cena anoche
Y con cruzados brazos, caviloso,
Al par que paseabas, suspiraste.
Y cuando te pregunto qué te ocurre,

En mí fijas adusto la mirada.
Insisto; mas despeinas tus cabellos,
É impaciente tu pie hiere la tierra;
Insisto aún, y nada me respondes;
Mas moviendo tu mano con enojo,
Que te deje me indicas, y eso hice,
Acrecentar temiendo tu impaciencia
Por demás encendida, y presumiendo
Que pasajero mal humor sería
Que en ocasiones acomete á todos.
Mas comer y dormir y hablar te impide,
Y si pudiese transformar tu cuerpo
Como te tiene trastornada el alma,
Ni aun yo pudiera conocerte, Bruto.
¡Señor, que sepa yo cuál es tu cuita!
BRUTO.
No gozo de salud. Tan sólo es eso.
PORCIA.
Bruto discreto es. Si no gozara
De salud, de curarse trataría.
BRUTO.
Tal hago.—Vete al lecho, amada Porcia.
PORCIA.
¿Enfermo Bruto está, y es provechoso
Desceñido salir, y los vapores
Aspirar de la húmeda alborada?
¿Enfermo Bruto está, pero abandona
Su blando lecho, y el fatal contagio
Afronta de la noche, y desafía
La humedad y la atmósfera viciada

Para aumentar su mal?—No, Bruto mío.
En tu mente está el mal que te atormenta,
Que, por razón y por virtud del puesto
Que ocupo junto á tí, me corresponde
Conocer. De rodillas te conjuro
Por mi beldad, que un tiempo celebraste;
Por tus votos de amor, por ese voto
Que nos incorporó, que uno nos hizo,
Que á mí, que á tí, que á tu mitad confíes
La causa de tu pena. ¿Quiénes fueron
Los que á verte vinieron esta noche?—
Vinieron seis ó siete, que ocultaron
Aun de la misma oscuridad sus rostros.
BRUTO.

Amada Porcia, no te postres.

PORCIA.

Fueras

Mi amante Bruto, y falta no me haría.
¿En el contrato, dí, de nuestra boda,
Se dice, Bruto, que ningún secreto
Tuyo debo saber? Y ¿por ventura,
Soy yo tú, de manera limitada,
Para hacerte á la mesa compañía,
Tu lecho confortar, y hablar contigo
Alguna que otra vez? ¿Ocupo sólo
De tu cariño, dí, los arrabales?
Si eso yo fuera y nada más, de Bruto
Porcia la dama es, mas no la esposa.
BRUTO.

Tú eres mi fiel, mi honrada esposa eres,

Más cara para mí que las rojizas
Gotas que al triste corazón afluyen.

PORCIA.

Si eso fuera verdad, yo conociera
Este secreto. Soy mujer, lo admito;
Sin embargo, mujer que por esposa
Aceptó Bruto. Soy mujer, lo admito;
Sin embargo, mujer de limpia fama;
La hija de Catón. ¿Acaso piensas
Que es mi fuerza la fuerza de mi sexo,
Teniendo padre tal y tal esposo?
¿Qué te pasa? Jamás he de decirlo.

Pruebas he dado ya de mi firmeza
Cuando mi muslo herí con mano ruda.
Y si pude aguantar eso paciente,
¿Por qué no los secretos de mi esposo?

BRUTO.

¡Oh Dioses! ¡Digno de tan noble esposa
Hacedme á mí! Silencio, que alguien llama.

Entra un momento, Porcia. Los secretos
Que en mi pecho encerré, más adelante

Compartiré contigo;

Mis compromisos todos, y las causas
Del sombrío carácter de mi rostro.

Déjame presto. ¿Quién llamaba, Lucio?

(Vase Porcia.)

(Vuelven á entrar LUCIO con LIGARIO.)

LUCIO.

Un enfermo, señor, que hablarte quiere.

BRUTO.

Cayo Ligario, de que habló Metelo.

Muchacho, aparta. Ven, Cayo Ligario.

LIGARIO.

Deja á mi débil lengua saludarte.

BRUTO.

¡Qué tiempo has escogido, noble Cayo

Para gastar pañuelo! No quisiera

Enfermo verle.

LIGARIO.

Si entre manos Bruto

Algún asunto tiene de honra digno,

Ha cesado mi mal.

BRUTO.

Ligario, tengo

Tal asunto entre manos; si tuvieres

Salud para escucharlo, lo sabrías.

LIGARIO.

¡Juro á todos los Dioses que veneran

De hinojos los Romanos, que depongo

Aquí mi enfermedad! Alma de Roma,

Tú de nobles ijares hijo bravo,

Cual exorcista á conjurar llegaste

De mi espíritu el mal. Díme que corra,

Y me verás luchar contra imposibles,

Y vencerlos también. ¿Qué debe hacerse?

BRUTO.

Obra en que han de sanar muchos enfermos.

LIGARIO.

¿Y en que hemos de enfermar a algunos sanos?

BRUTO.

Eso, también. Buen Cayo, lo que sea
Te diré de camino que marchemos
Y contra quién será.

LIGARIO.

Mis pasos guía..
Con corazón recién enardecido
Te sigo no sé á qué, pero me basta
Ser guiado por Bruto.

BRUTO.

Pues bien, sigue. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.—En el palacio de César.

(Truenos y relámpagos.—Entra CÉSAR en traje de noche.)

CÉSAR.

Esta noche ni el cielo ni la tierra
Han gozado de paz. Mientras dormía,
Ha gritado Calpurnia por tres veces:
«¡Favor, que á César matan!» Entre alguno.

(Entra un SIRVIENTE.)

SIRVIEN.

¡Señor!

CÉSAR.

Dí que los sacerdotes sacrifiquen,
Y sepa yo cuál es el resultado.

SIRVIEN.

Así lo haré, señor. (Vase.)

(Entra CALPURNIA.)

CALPUR.

César, ¿qué vas á hacer? ¿Salir intentas?

Lo que es hoy, de tu casa no te mueves

CÉSAR.

César saldrá. Tan solo mis espaldas

Han visto los que á mí me amenazaron

Al ver de César el semblante huyeron.

CALPUR.

Nunca en presagios he creído, César,

Pero me aterran hoy. Cuenta allí uno

Que á más de lo que vimos y sabemos,

Los guardias vieron hórridas visiones.

Ha parido en la calle una leona,

Y se abrieron las tumbas y sus muertos

Vomitaron. Guerreros, encendidos

En cólera, lucharon en las nubes

En filas y escuadrones, y formados

Como dispone el arte de la guerra,

Y ha regado su sangre el Capitolio.

Rumor de lucha estremeció los aires,

Y se oyeron relinchos de corceles,

Y ayes de moribundos, y fantasmas

Gritos dieron y aullidos por las calles.

¡Oh César! son inusitadas cosas

Que de terror me llenan.

CÉSAR.

¿Quién evita

Lo que los altos Dioses se proponen?

Pero César saldrá; que estos presagios

Al mundo entero como á César hablan.

CALPUR.

Cometas no se ven si muere un pobre,
Mas la muerte del grande el cielo alumbra,

CÉSAR.

Antes de hallar la muerte, los cobardes
Mueren veces distintas; los valientes
Sólo una vez la muerte saborean.

La maravilla que mayor asombro
A mí me causa, es del mortal el miedo,
Pues la muerte vendrá, cual fin preciso.
Cuando venga.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE.

¿Qué dicen los augures?

SIRVIEN.

Pretenden que no salgas hoy de casa.
Al sacar las entrañas de una ofrenda,
Sin corazón al animal hallaron.

CÉSAR.

Así avergüenzan al pavor los Dioses.
Bestia sin corazón César sería
Si hoy, por temor, permaneciera en casa.
No lo hará César. El peligro sabe,
Por demás, que el peligro grande es César.
Somos leones que en el mismo día
Nacimos, yo el mayor y el más terrible,
Y César saldrá, pues.

CALPUR.

¡Ay, dueño mío!

Tu confianza tu razón anubla.

No salgas hoy. Mi miedo, no tu miedo

Considera que en casa te detiene.

Mandemos al Senado á Marco Antonio,
Y que te encuentras indispuerto anuncie.

Déjame de rodillas convencerte.

CÉSAR.

Marco Antonio dirá que mal me encuentro,
Y para complacerte, quedo en casa.

(Entra DECIO.)

Decio Bruto aquí está. Que él se lo diga.

DECIO.

César, salud. Buen día, digno César.

Al Senado pretendo acompañarte.

CÉSAR.

Vienes á buena hora. Mis respetos

Lleva á los senadores, y les dices

Que ir hoy no quiero que no puedo es falso;

Que no me atrevo á ir, más todavía.

Que ir hoy no quiero, Decio, así les dices.

CALPUR.

Díles que enfermo está.

CÉSAR.

¿Mentirles César?

¿Va á ser el resultado de extenderse

Tan lejos este brazo en la conquista,

Temer decir lo que es verdad á canas?

Que César ir no quiere díles, Decio.

DECIO.

Dáme alguna razón, César potente,

No se burlen de mí si tal les digo.

CÉSAR.

Es la razón mi voluntad, y basta
Con decir al Senado que no quiero;
Mas a tí te diré, porque lo sepas,
Y porque á tí te estimo, que Calpurnia,
Mi esposa, en casa detenerme quiere.
Esta noche soñó que vió mi estatua,
Cual fuente de cien bocas, pura y roja
Sangre manar, y que después vinieron
Numerosos Romanos eminentes
Allí risueños á bañar sus manos.
Y todo esto cual aviso juzga
De inminentes peligros, y de hinojos
Ahora me ruega que me quede en casa.

DECIO.

Ese sueño fué mal interpretado.
Fué visión halagüeña y venturosa.
Tu estatua dando sangre, en que se bañan
Risueños los Romanos, significa
Que regenerará tu sangre á Roma,
Y que, como reliquias y recuerdos,
Querrán los que más valgan recogerla.
Esto nos dice el sueño de Calpurnia.

CÉSAR.

Y muy bien que lo explicas de ese modo.

DECIO.

Sí tal; y más si escuchas lo que sigue
Sábelo, pues. Al poderoso César
Hoy el Senado brinda la corona.
Si dices que no vas, mudar consejo
Pudieran; ó, quizás, tomarlo á burla,

Que alguno interpretar así podría:
«Disolved el Senado, hasta que sueños
Más gratos tenga la mujer de César.»

O afirmarán, si así César se esconde,
Que César miedo tiene.

Perdona, César; el cariño mío
Contra tu proceder á hablar me obliga,
Pues mi cariño á mi razón se amolda.

CÉSAR.

¡Cuán necios ya parecen tus temores,
Calpurnia! Me avergüenza haber cedido.
Venga mi manto, que ir es fuerza, Mira.
Allí para llevarme Publio viene.

(Entran PUBLIO, BRUTO, LIGARIO, METELO, CASCA, TREBONIO y
CINA.)

PUBLIO.

César, salud.

CÉSAR.

Muy bien venido, Publio.

Hola, Bruto, ¿también así madrugas?

Casca, salud. Cayo Ligario, César

Nunca tan grande enemistad te tuvo

Cual la fiebre que así te ha enflaquecido.

¿Qué hora dió?

BRUTO.

César, son las ocho dadas..

CÉSAR.

Vuestro interés aprecio y cortesía.

(Entra ANTONIO.)

¡Ved! Antonio trasnocha y se divierte,

Mas madruga también. Salud, Antonio.

ANTONIO.

Lo propio al noble César.

CÉSAR

Vé; díles que se alisten.

De que así me esperéis la culpa es mía.

¡Cina! ¡Metelo! ¿Qué? ¿También Trebonio?

Una hora te tengo reservada

Para que hablemos. Luego ven á verme,

Y á fin que no lo olvide, ponte cerca.

TREBON.

César, sí tal. (Aparte.) Tan cerca, que más lejos

Tus mejores amigos me querrían.

CÉSAR.

Entrad, amigos: libaremos juntos,

Y, cual amigos, juntos partiremos.

BRUTO.

(Aparte.) Ese cual no es cual es. ¡Pensarlo, César

Hace estallar el corazón de Bruto! (Vanse.)

ESCENA III.

Roma—Una calle cerca del Capitolio.

Entra ARTEMIDORO leyendo un papel.

ARTEMID.

«César, guárdate de Bruto; cuídate de Casio; no te acerques á Casca; no apartes tus ojos de Cina; no te fíes de Trebonio; observa atentamente á Metelo Címber; Decio Bruto) no te quiere. Has ofendido á Cayo Ligario. Un solo pensamiento domina entre estos hombres, y se dirige contra César. Si.no eres inmortal, vela por tí. La seguridad facilita la conspiración. Los prepotentes Dioses te amparen. Tu amigo, ARTEMIDORO.»

Aquí me quedo hasta que César pase,
Y esto le doy cual si una instancia fuese.
Mi corazón lamenta que no pueda
Existir la virtud sin que le alcance
El diente de la envidia.—César, puedes,
Si esto lees, vivir; ó pacto el hado,
Si no, con los traidores ha formado. (Vase.)

ESCENA IV.

Roma.—otra parte de la misma calle. Ante la casa de Bruto.

Entran PORCIA y LUCIO.

PORCIA.

Corre, corre, muchacho. Te lo ruego.

Al Senado vé tú. No te detengas

A responderme. Véte.—¿A qué te paras?

LUCIO.

Para saber, señora, mi mensaje.

PORCIA.

Quisiera que te fueses y volvieses

Aun antes de decirte lo que quiero,

¡Oh firmeza, protégeme! Coloca

Entre mi lengua y corazón un monte.

De hombre es mi alma, de mujer mi fuerza.

¡Y es arduo á la mujer guardar secretos!

¿Aun aquí estás?

LUCIO.

¿Qué debo hacer, señora?

PORCIA.

Al Capitolio ir.

LUCIO.

¿Y eso tan solo?

Y aquí luego volver. ¿Y eso tan solo?

PORCIA.

Avísame, muchacho, si tu amo

Se encuentra bien, porque salió indispuerto.

De lo que César haga toma nota.

Mira qué pretendientes se le acercan.

Oye, ¿qué ruido es ese?

LUCIO.

No oigo nada.

PORCIA.

Oye. Pon atención. Cual de un tumulto

Oigo el sordo rumor. Hasta este sitio

Del Capitolio lo conduce el viento.

LUCJO.

Nada oigo yo, señora.

(Entra un ADIVINO.)

PORCIA.

Oye tú; ven aquí. ¿Dónde has estado?

ADIVINO.

¿Yo, señora? en mi casa.

PORCIA.

¿Qué hora es esta?

ADIVINO.

Serán sobre las nueve.

PORCIA.

¿Al Capitolio, díme, llegó César?

ADIVINO.

Aun no. Me voy para ocupar mi puesto,
Y verle cuando llegue al Capitolio.

PORCIA.

¿Alguna pretensión tienes con César?

ADIVINO.

Sí, señora. Si gusta, complaciente,
César servir á César y escucharme,
Le diré que á sí propio se defienda.

PORCIA.

¡Qué! ¿sabes si dañarle quiere alguno?

ADIVINO.

Nada sé con certeza; mucho temo.

Pasadlo bien. Se estrecha aquí la calle.

Las turbas, que de César tras las huellas

Siguen de senadores y pretores

Y meros pretendientes, al que es débil

Pueden, quizá, matar como lo estrujen.

Voyme á sitio más ancho, desde donde

Pueda hablar al gran César cuando pase. (Vase.)

PORCIA.

Entremos. (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡cuán débil cosa

De la mujer el corazón! ¡Oh! Bruto,

Que te amparen los cielos en tu empresa.

El muchacho me oyó seguramente.—

Es una pretensión que tiene Bruto

Que le rehusa César.—Desfallezco.

Corre, Lucio. Recuérdame á tu amo.

Díle que alegre estoy. Ven luego á verme,

Y nuevas me traerás de lo que diga.

(Vanse separadamente.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA

Ante el Capitolio.—Los Senadores ocupan sus asientos. Gentes en la calle
contigua al

Capitolio, entre ellas, Artemidoro y el Adivino.— Clarines.

(Entran CÉSAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METE LO, TREBONIO, CINA, ANTONIO, LÉPIDO, POPILIO, PUBLIO y otros.)

CÉSAR.

Ya los idus de marzo aparecieron.

ADIVINO.

Verdad es, César, pero no pasaron.

ARTEMID.

¡César, salud! Estos renglones lee.

DECIO

Trebonio te suplica que repases,

En cuanto puedas, esta humilde instancia.

ARTEMID.

¡Oh César! preferencia da á la mía,

Que atañe más á César. Lee, gran César.

CÉSAR.

La última será, pues que me atañe.

ARTEMID.

César, no te detengas. Presto lee.

CÉSAR.

¿Pero está loco?

PUBLIO.

Deja el paso franco.

CASIO.

Hasta en la calle pretender te ocurre.

Al Capitolio vé.

(César entra en el Capitolio. Los demás le siguen. Todos los Senadores se levantan.)

POPILIO.

Ojalá que prospere nuestra empresa.

CASIO.

¿Qué empresa, dí, Popilio?

POPILIO.

Buenos días.

(Adelántase hacia César.)

BRUTO.

¿Qué te dijo Popilio?

CASIO.

Que ojalá nuestra empresa prosperara.

Me temo que conozcan nuestros planes.

BRUTO.

Ve, va en busca de César. Mira.

CASIO.

Casca,

Prontitud, que se teme que lo eviten.

¡Qué hacemos, Bruto? Si esto se descubre,

O Casio ó César ya tornar no pueden;

Que muerte me daré.

BRUTO.

Firmeza, Casio.

Popilio Lena á nuestro plan no alude.

Impávido está César y él sonrío.

CASCA.

Trebonio alerta está. Míralo, Bruto.

De aquí alejar á Marco Antonio intenta.

(Vanse Antonio y Trebonio. César y los Senadores ocupan sus asientos.)

DECIO.

¿Dónde Metelo está? Dirija luégo

Su pretensión á César.

BRUTO.

Ya principia.

Acércate y secúndalo.

CINA.

Tu mano,

Casca, será la que primero hiera.

CASCA.

¿Estamos listos todos?

CÉSAR.

¿Y qué pueden

César hoy remediar y su Senado?

METELO.

Excelso, insigne, prepotente César.

Su humilde corazón Metelo Címber

A tus pies pone. (Arrodillándose.)

CÉSAR.

Címber, te lo vedo.

Santa abyección, tan torpes cortesías.

Del vulgo, acaso, encenderán la sangre,

Transformando las leyes y sentencias

En infantiles juegos. No imagines

Que es de César la sangre tan rebelde

Que disolver es dado su carácter

Con lo que puede derretir al necio.
Es decir, con melíflüas palabras,
Con bajas y serviles reverencias,
Y con halagos propios de lebreles.
Una sentencia desterró á tu hermano;
Si, humillado, por él pides y halagas,
Te aparto de mi senda como a un perro.
Que César no es injusto ten sabido,
Y que sólo razones le convencen.

METELO.

¿Y no habrá voz más apta que la mía
Que pueda penetrar con más dulzura
En los oídos del insigne César
Porque el destino de mi hermano anule?
BRUTO.

Sin aduarte, yo beso tu mano,
Suplicándote, César, que retorne
Al punto Publio Címber.

CESAR.

¡Cómo! ¡Bruto!

CASIO.

¡Perdón, César, perdón! Casio se postra
Humilde hasta tus plantas, y te ruega
El destierro anular de Publio Címber.

CÉSAR.

Si fuese cual vosotros, cedería;
Si, por ventura, yo rogar supiese,
Cediera á ruegos. Pero soy tan firme
Cual la estrella polar, que, fija, inmóvil,
Par del cielo en la bóveda no tiene.

Chispas sin fin el firmamento ostenta;
De fuego todas son, todas brillantes;
Mas su puesto ocupar sabe una sola.
En el mundo es igual. Hombres lo pueblan.
De carne y hueso son, é inteligentes;
Mas existe, entre tantos, solo uno
Que mantenga su puesto invulnerable
Sin cejar una vez,—y yo soy ese.
Por tanto, que aun en esto se conozca.
Firmeza tuve al desterrar á Címber,
Y firmeza igualmente disponiendo
Que quede desterrado.

CINA.

¡César!

CÉSAR.

¡Fuera!

¿Acaso á conmover vais el Olimpo?

DECIO.

¡Gran César!

CÉSAR.

¿No está Bruto inútilmente de rodillas?

CASCA.

¡Por mí las manos hablen!

(Casca hiere á César en el cuello. César le coge el brazo. Hiérenle luégo varios conspiradores; el último Marco Bruto.)

CÉSAR.

¿Tú también, Bruto? Muere, entonces, César.

(Muere. El Senado y el pueblo se retiran en tropel.)

CINA.

Independencia y libertad. Ha muerto

La tiranía. ¡Presto! por las calles
Volando id y proclamadlo á gritos.

CASIO.

A la tribuna algunos, y que griten:
¡Independencia, libertad y fueros!

BRUTO.

No hay que asustarse, pueblo y Senadores.

Quedaos aquí. Permaneced tranquilos.

Ha satisfecho la ambición su deuda.

CASCA.

Ocupa, Bruto, la tribuna.

DECIO.

Casio,

Ocúpala también.

BRUTO.

¿Dónde está Publio?

CINA.

Aquí, por los sucesos aturdido.

METELO.

Defendámonos juntos, que no vaya

Algún parcial de César...

BRUTO.

De defensa no habléis. Animo, Publio,

Que ni á tí ni á ningún otro Romano

Se pretende ofender. Publio, así dílo.

CASIO.

Déjanos, Publio; que pudiera el pueblo

Maltratar tu vejez, si nos ataca.

BRUTO.

Hazlo. Del acto responsables sean

Nadie más que nosotros los autores.

(Vuelve á entrar TREBONIO.)

CASIO.

¿En dónde Antonio está?

TREBON.

Fuese á su casa

Lleno de horror. Hombres, mujeres, niños.

Cual si el juicio final llegado hubiera,

Huyen sobrecogidos dando voces.

BRUTO.

Hado, tu voluntad conoceremos;

Sabemos que morir es necesario.

Sólo el instante en que ha de ser, los días

Que le restan aún, preocupa al hombre.

CASIO.

Quien de su vida merma veinte años,

Esos al miedo de la muerte merma.

BRUTO.

Es ventura el morir si eso se admite;

Y de César así somos amigos,

De su miedo á morir mermando días.

Inclinaos, Romanos; hasta el codo

En la sangre de César que hoy se bañen

Vuestras manos; y tintas vuestras armas,

Al Foro aproximémonos, llevando

Enhiesto el rojo hierro, dando el grito

De paz, de libertad é independencia.

CASIO.

Inclinaos, baños. ¡Cuántas veces

Verá lo porvenir representada

Por nuevas gentes tan gloriosa escena,
Y con acentos hoy desconocidos!

BRUTO.

¡Cuántas veces en mero simulacro
Sangraré César, que cual polvo yace
A los pies de la estatua de Pompeyo!

CASIO.

Y dirán de nosotros, si eso ocurre,
Que libertad á nuestra patria dimos.

DECIO.

Decid, ¿nos vamos?

CASIO.

Todos. Bruto guíe,
Y su huella honrarán los más valientes,
Los más honrados hombres que hay en Roma.

(Entra un SIERVO)

BRUTO.

¡Callad! ¿Quién es? Satélite de Antonio.

SIERVO.

Que me arrodille así manda mi amo;
Que así me humille Marco Antonio manda,
Y postrado decir: «Ilustre es Bruto,
Hábil, valiente, honrado. César era
Grande, atrevido, regio y bondadoso.
Que estimo á Bruto dí, que lo venero;
Dí que estimaba y veneraba á César.
Si Bruto da seguridad á Antonio
Para venir á verlo, y le convence
De que César la muerte merecía,
No ha de estimar en menos Marco Antonio

Al vivo Bruto que al difunto César;
Y con fe la fortuna y el partido
Del digno Bruto seguirá, los riesgos
De situación tan crítica afrontando.»
Esto decir me ordena mi amo Antonio.

BRUTO.

Romano discretísimo y valiente
Siempre he juzgado á tu señor. Responde
Que ha de quedar, si viene, satisfecho;
Y sin ofensa partirá, lo juro.

SIERVO.

Vendrá inmediatamente. (Vase.)

BRUTO.

Por amigo
Lo tendremos sin duda.

CASIO.

Así sea;
Mas algo en mí despierta mis recelos,
Y mis presagios acertaron siempre.
(Vuelve á entrar ANTONIO.)

BRUTO.

Antonio llega. Bien venido, Antonio.

ANTONIO.

¡Oh excelso César, tan postrado yaces?
¡Conquistas, glorias, triunfos y trofeos
Se han reducido á tan pequeño espacio?
Quédate en paz. Patricios, desconozco
Lo que pensáis hacer; quiénes más deben
Su sangre derramar en este día;
Quién trasciende cual él: si por acaso

Fuese yo, no habrá hora cual la hora
En que ha espirado César; ni arma alguna
Que valga la mitad de lo que valen
Los hierros que ostentáis, enrojecidos
Con la sangre más noble de este mundo.
Si os fuese odioso yo, lo que os parezca
Ahora podéis hacer, mientras humeen,
Mientras chorreen vuestras manos rojas.
Aunque viva mil años, tan dispuesto
Cual hoy nunca estaré; ni sitio alguno
Tanto me agradará cual junto á César;
Ni otra muerte que muerto por vosotros,
Los genios de esta edad, los escogidos.
BRUTO.

¡Oh Antonio! Por tu muerte no supliques,
Aunque cruel y sanguinario aspecto
Nuestras manos nos dan y nuestra empresa,
Nuestras manos contemplas solamente
Y la sangrienta acción que ejecutaron,
No nuestros corazones compasivos.
La compasión de Roma por los males.
La compasión. Cual mata al fuego el fuego,
Mató á la compasión con esta hazaña.
En cuanto á tí, de plomo son las puntas
De las espadas nuestras, Marco Antonio,
Sin rencor nuestras almas, y con temple
Fraternal, corazones te reciben
Llenos de amor, de estima y de respeto.
CASCA.
Cual la que más tu voz será escuchada

Al repartir futuras dignidades.

BRUTO.

Ten calma por ahora, que precisa

Apaciguar el miedo de las gentes.

Después te contaré por qué motivos

Herí, no obstante mi amistad, á César.

ANTONIO.

No pongo en duda vuestro recto juicio.

Déme uno á uno su sangrienta mano.

Marco Bruto, la tuya la primera;

Después la tuya, Cayo Casio. Ahora

La tuya, Decio Bruto; tú, Metelo;

Tú, Cina; tú también, valiente Casca;

Tú, el último nombrado, buen Trebonio,

Mas no por eso en mi amistad postrero.

¿Qué decir? Todos sois á cual más nobles.

Va mi opinión por suelo que resbala.

Mal de mí juzgaréis de todos modos,

Adulador creyéndome ó cobarde.

Profunda era mi amistad, ¡oh César!

Si tu espíritu, pues, ahora me mira,

Dí, ¿no te dolerá más que la muerte

Contemplar á tu Antonio hacer las paces

Con los que fueron enemigos tuyos,

Dignísimos delante de tu cuerpo,

Sus manos estrechando ensangrentadas?

Si ojos tuvieras cual heridas tienes,

Si lloraran cual vierten ellas sangre

Me cuadrara mejor que pacto alguno

De amistad proponer á tus contrarios.

Julio, perdón. Aquí, ciervo valiente,
Te cazaron. Aquí por fin caíste.
Allí tus cazadores, señalados
Con tus despojos y en tu muerte tintos.
¡Oh mundo! bosque de este ciervo fuiste
Mientras el fué tu corazón, ¡oh mundo!
A derribado ciervo te asemejas...
Por principios herido.

CASIO.

¡Marco Antonio!

ANTONIO.

Cayo Casio, perdón. Esto de César
Dirán sus enemigos. En su amigo
Es ensalzarlo con frialdad.

CASIO.

No culpo

Que á César glorifiques; mas ¿qué intentas?

¿Entre nuestros amigos te contamos,

U obrar debemos sin contar contigo?

ANTONIO.

Ya la diestra os tendí; mas, francamente,

Me aparté del asunto viendo á César.

Soy vuestro amigo, y os aprecio á todos;

Mas quiero que digáis por qué motivo

Habéis juzgado peligroso á César.

BRUTO.

Espectáculo digno de salvajes

Este fuera, si no. Nuestras razones

Serán tan poderosas, que si fueses

De César hijo, Antonio, te bastaran.

ANTONIO.

Pues eso busco, y además pretendo
Que su cadáver se conduzca al Foro,
Y desde la tribuna, cual amigo,
Dejadme celebrar sus funerales.

BRIJTO.

Lo harás, Antonio.

CASIO.

(Aparte á Bruto.) Bruto, una palabra.
No sabes lo que haces. No consientas
Que hable en sus funerales Marco Antonio.
¿Sabes tú, por ventura, hasta qué punto
Conmoverá á las gentes lo que diga?

BRUTO.

(Aparte á Casio.)

Perdóname. Yo mismo la tribuna
Antes pienso ocupar; y, los motivos
De la muerte de César exponiendo,
Diré que todo lo que Antonio diga
Es con nuestra sanción y nuestra venia.
Que con César queremos que se cumplan
Los ritos todos que le son debidos.
Y esto provecho nos hará, no daño.

CASIO.

(Aparte á Bruto).

No sé qué pasará, mas no me agrada.

BRUTO.

Antonio, el cuerpo de tu César toma.
La fúnebre oración que pronunciaras
No ha de inculparnos, aunque en pro de César

Puedes decir cuanto te ocurra, y venia
Que nuestra tienes para hacerlo anuncia;
Si no, tu intervención no consentimos
En este funeral. Hablar te toca
De la tribuna misma que yo ocupe,
Y cuando acabe mi discurso.

ANTONIO.

Sea.

Eso no más deseo.

BRUTO.

El cadáver recoge, pues, y vente.

(Vanse todos menos Antonio).

ANTONIO.

Perdón te pido, polvo ensangrentado,
Si humilde y débil soy con tus verdugos.
¡Oh despojos del hombre más insigne
Que navegó del tiempo en la corriente!
Maldecidas las manos que vertieron
Esta preciosa sangre. Profetizo
Ante estas tus heridas, mudas bocas
Cuyos rojizos labios entreabiertos
De mi lengua expresión y frases piden,
Que maldición fatal sobre las almas
De los hombres caerá. Civiles luchas,
Domésticos rencores implacables
Asolarán del Norte al Sur á Italia.
Dominará la destrucción, la sangre,
Y serán tan comunes los horrores,
Que las madres, al ver cuál descuartiza
Bélica furia á sus nacientes hijos,

Con sonrisas verán la horrible escena;
Ahogará á la piedad bárbaros usos;
Y de César la sombra vengadora
Con Ate en su compañía, que candente
Vendrá de los infiernos, á esta tierra
Con regio acento gritará: «matanza,»
Los perros de la guerra desatando;
Y el hálito de hazaña tan inicua
Del suelo ascenderá con los gemidos
De humanos cuerpos que sepulcros piden.

(Entra un SIERVO.)

¿Al servicio no estás de Octavio César?

SIERVO.

Es verdad, Marco Antonio.

ANTONIO.

César le ha escrito que viniera á Roma.

SIERVO.

Llegó á sus manos esa carta, y viene.

Y me ordenó decirte de palabra...

¡Oh, César!... (Viendo el cadáver de César.)

ANTONIO.

¿Te has conmovido? Lejos véte y llora.

Es contagiosa tu aflicción; mis ojos.

Contemplando esas gotas en los tuyos,

Llanto vierten también. ¿Viene tu amo?

SIERVO.

A siete leguas estará de Roma.

Esta noche.

ANTONIO.

Pues vuelve de seguida,

Y díle lo que ocurre. Roma es esta,
Llena de luto. Roma peligrosa,
No Roma para Octavio todavía.
Vé y dílo. Pero espera, no te vayas
Hasta que lleve al Foro este cadáver.
Allí, al hablar, veré cómo las gentes
Juzgan el acto cruel de estos verdugos;
Y, según lo que ocurra, puedes luego
Llevar á Octavio más precisas nuevas.
Ven. Préstame tu ayuda.
(Vanse con el cuerpo de César.)

ESCENA II.

Roma.—El Foro. Entran BRUTO y CASIO y una turba de CIUDADANOS.

CIUD.

Explicación, explicación queremos.

BRUTO.

Seguidme y escuchadme, amigos míos.

A la contigua calle vé tú, Casio,

Y divide á la gente.

Quédese aquí quien escucharme quiera.

Quien quiera oír á Casio que le siga;

Y al público daremos las razones
de la muerte de César.

CIUD. 1.º

Yo con Bruto

CIUD. 2.º

Yo con Casio; y después compararemos

Las razones que cada cual nos diere.

(Vase Casio con varios ciudadanos. Bruto ocupa el Rostro.)

CIUD. 3.º

El noble Bruto la tribuna ocupa.

¡Silencio!

BRUTO.

Tened calma hasta escucharme. Romanos, paisanos y amigos míos. Oídme defender mi causa, y, para mejor oírme, callad. Creed en mi honradez y respetad mi honra, á fin de que me creáis. Censúreme vuestro buen juicio y avivad vuestros sentidos para juzgar de mí con mayor acierto. Si hubiere alguno entre los presentes que entrañable amistad profesara á César, á él le digo que la amistad de Bruto á César no era menos entrañable que la suya. Así, pues, si este amigo preguntare por qué razón Bruto se alzó contra César, he aquí mi respuesta: «No fué porque amaba á Bruto menos, sino porque amaba á Roma más.» ¿Prefirierais que César viviera y morir esclavos, á que esté muerto César y vivir libres? Porque fué mi amigo, lo lloro. Porque afortunado fué, lo celebro; porque fué valiente, lo honro; porque fué ambicioso, lo maté. Lágrimas tuve para su amistad; regocijo por sus triunfos; encomios para su valor, y muerte para su ambición. ¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan necio que no quiera ser Romano? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién hay aquí tan vil que no ame á su patria? Si hay alguno, que hable, pues á él he ofendido. ¿Quién me responde?

CIUD.

Nadie, Bruto, nadie.

BRUTO.

A nadie he ofendido, pues. He hecho con César lo que haríais con Bruto. Los registros del Capitolio exponen las causas de su muerte, y ni se amengua su merecida gloria, ni se agravan los motivos de su justa muerte.

(Entran ANTONIO y otros con el cadáver de CÉSAR.)

Aquí llega su cuerpo, que doliente conduce Antonio, quien aunque no tuvo parte en su muerte, saldrá ganancioso por ella, pues ocupará un puesto en la República. ¿Y quién de vosotros no? Con esto os dejo. Maté á mi mejor amigo por la salud de Roma, y conservo ese mismo puñal para cuando mi patria requiera la muerte mía.

CIUD.

¡Que viva Bruto! ¡Viva!

CIUD. 1.º

Conduzcámosle en triunfo hasta su casa.

CIUD. 2.º

Una estatua, cual tienen sus mayores,
Debemos levantarle.

CIUD. 3.º

César sea.

CIUD. 4.º

En él de César lo mejor subsiste.

CIUD. 1.º

Llevémosle con vítores y vivas
A su propia mansión.

BRUTO.

Compatriotas...

CIUD. 2.º

Silencio, que habla Bruto.

CIUD. 1.º

Todos callen.

BRUTO.

Compatriotas, permitidme ir solo.

Con Antonio quedaos, en mi obsequio;

Que honrar debéis de César el cadáver,

Y la oración que para honrar á César

Pronunciará, con nuestra venia, Antonio.

Suplico que de aquí nadie se ausente.

Yo solo faltaré, mientras él habla. (Vase.)

CIUD. 1.º

Quedémonos á oír á Marco Antonio.

CIUD. 3.º

¡Que la tribuna popular ocupe!

Lo oiremos, ¡noble Antonio, á la tribuna!

ANTONIO.

En el nombre de Bruto os lo agradezco.

(Sube á la tribuna.)

CIUD. 4.º

¿Qué decía de Bruto?

CIUD. 3.º

Que las gracias

En el nombre de Bruto daba á todos.

CIUD. 4.º

Más vale no hablar mal aquí de Bruto.

CIUD. 1.º

César era un tirano.

CIUD. 3.º

¿Quién lo duda?

Ya por suerte se ve de él libre Roma.

CIUD. 4.º

Callad. Oigamos qué le ocurre á Antonio.

ANTONIO.

Benévolos Romanos.

CIUD.

¡Eh, silencio!

Oigamos, pues.

ANTONIO.

Amigos y Romanos,

Compatriotas, atención prestadme:

A enterrar, no á ensalzar á César vengo.

Al hombre sobrevive el mal que hizo;

El bien se entierra con el cuerpo á veces.

Se hará con César. El honrado Bruto
Os ha dicho que César fué ambicioso;
Si lo fué, falta inmensa fué la suya,
É inmensamente César la ha purgado.
De Bruto y de los otros, con la venia
Porque varón pundonoroso es Bruto
Todos lo son pundonorosos todos
Al funeral de César vengo á hablaros.
Mi amigo fué, constante y fiel conmigo;
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y Bruto es un varón pundonoroso.
Infinitos cautivos prisioneros
Él á Roma nos trajo, y sus rescates
El público tesoro repletaron.
¿Esto ambición en César parecía?
Viendo al pobre llorar, César lloraba:
Es la ambición de material más rudo;
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y Bruto es un varón pundonoroso.
Cuando en las Lupercales bien lo visteis
Tres veces le ofrecí regia corona,
Rehusó tres veces. ¿Ambición es esto?
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y es, sin duda, varón pundonoroso.
Contradecir á Bruto no pretendo,
A hablar de lo que sé tan sólo vine.
Le amasteis una vez, y no sin causa.....
¿Qué causa, pues, detiene vuestro llanto?
Razón, asilo entre las fieras busca,
Que los hombres prescinden de su juicio.

Vuestro perdón reclamo, que con César
En su ataúd mi corazón se halla,
Y hablar no puedo hasta que al pecho torne.

CIUD. 4.º

Hay mucho de verdad en lo que dice.

CIUD. 2.º

Si con calma juzgáis, gran injusticia
Se cometió con César.

CIUD. 3.º

¿Piensas eso?

Su puesto ocuparán otros peores.

CIUD. 4.º

¿Oísteis? Que no quiso la corona.

Que ambicioso no era es evidente.

CIUD. 1.º

Pues si es así, le ha de pesar á algunos.

CIUD. 2.º

¡Qué buen alma! Cual fuego están sus ojos

Que enrojecen sus lágrimas.

CIUD. 3.º

En Roma

En nobleza no iguala á Antonio nadie.

CIUD. 4.º

Atención. Que principia hablar de nuevo.

ANTONIO.

Ayer pudo de César la palabra

Contrarrestar al mundo. Muerto ahí yace,

Y ya ni el más humilde lo respeta.

¡Oh, señores! si acaso pretendiese

Los corazones excitar, las almas

A rebelarse, á enfurecerse, en daño
De Bruto y Casio fuera; y bien os consta
Que ambos varones son pundonorosos.
No es mi ánimo ofenderlos, no; prefiere
Ofender á los muertos, á mí mismo,
Y á vosotros también, que hacer ofensa
A tan pundonorosos ciudadanos.
Mas tengo en mi poder un pergamino,
De César con el sello. En su bufete
Lo hallé. Su voluntad postrera es esa.
Que oiga el pueblo tan sólo el testamento
Que leer no es mi ánimo: escusadme
Y del difunto César las heridas
Querréis besar, y en su sagrada sangre
Paños empaparéis. De él un cabello
Reclamaréis como eternal memoria;
Y al morir y al testar, á vuestros hijos
Los legaréis cual valiosa herencia.

CIUD. 4.º

A ver el testamento, Marco Antonio.

TODOS.

El testamento, el testamento. Oigamos

La voluntad de César.

ANTONIO.

Sed pacientes,

Caros amigos. Leéroslo no debo,

No está bien que sepáis cuánto os amaba.

Ni toscos leños sois, ni sois de piedra;

Sois hombres, y cual hombres, de seguro

Que de César oyendo el testamento,

Se encenderá furiosa vuestra sangre,
Y perderéis el juicio: no es prudente
Que sepáis que herederos os declara.

Si lo supiérais, ¡qué no aconteciera!

CIUD. 1.º

A ver el testamento, que lo oigamos.

Antonio, el testamento, el testamento.

ANTONIO.

¿Calma tendréis? ¿Os mantendréis tranquilos?

Mas de lo justo al mencionarlo, dije:

Y me temo, tal vez, causar ofensa

A esos pundonorosos ciudadanos

Que á César traspasaron con sus dagas.

En verdad que lo temo.

CIUD. 4.º

Son traidores.

Pundonorosos ciudadanos, ¡nunca!

TODOS.

Su postrer voluntad. El testamento.

CIUD. 2.º

Villanos fueron; fueron asesinos.

A ver el testamento. El testamento.

ANTONIO.

¿A leéroslo, pues, queréis forzarme?

Pues el cadáver circundad de César,

Y mirad al autor del testamento.

¿Descenderé? ¿Me concedéis permiso?

VARIOS CIUDADANOS.

Baja.

CIUD. 2.º

Desciende, pues.

CIUD. 3.º

Permiso tienes.

(Desciende del Rostro Antonio.)

CIUD. 4.º

Un círculo formad en torno suyo.

CIUD. 1.º

No os acerquéis al féretro, al cadáver.

CIUD. 2.º

A Antonio, plaza dad. ¡Íncrito Antonio!

ANTONIO.

No os agolpéis; quedaos á distancia.

VARIOS CIUDADANOS.

Atrás y plaza haced; atrás echaos.

ANTONIO.

Si acaso tenéis lágrimas, ahora

Preparados estad para verterlas.

Todos recordaréis el manto este,

Yo cuando César lo estrenó recuerdo:

En una tarde de verano era,

Y en su tienda se hallaba. En ese día

Fué de los Nervios vencedor: miradlo.

Aquí el puñal de Casio deslizóse;

La brecha ved del envidioso Casca,

Aquí la herida de su amado Bruto;

Y al retirar el hierro maldecido,

Ved cuál de César se agolpó la sangre,

Cual si fuera de casa le siguiese

A averiguar resuelta si era Bruto

Quien de manera tan cruel llamaba.

De César, cual sabéis, Bruto fué el numen.

Juzgad, ¡oh Dioses! si le amaba César.

Fué el golpe más cruento de entre todos.

El gran César, al ver su acometida,

La ingratitud, vencéndolo, lo postra

Mas fuerte que puñales de traidores,

Y estalla al fin su corazón potente;

Y su faz encubriendo con el manto,

A los pies de la estatua de Pompeyo,

Que su sangre tiñó, cayó el gran César!

¡Cuánto con él cayó, compatriotas!

Yo entonces, y vosotros, todos juntos

Caímos también; y la traición sangrienta

En tanto floreció sobre nosotros.

Ahora lloráis. Os punza, ya lo veo,

La compasión. ¡Oh lágrimas benditas!

¡Almas nobles! ¿Lloráis al ver tan sólo

De nuestro César las heridas vestes?

Mirad, aquí. ¡Mirad aquí su cuerpo;

Ahí lo véis por traidores lacerado!

CIUD. 1.º

¡Oh lamentable escena!

CIUD. 2.º

¡Noble César!

CIUD. 3.º

¡Día de horror!

CIUD. 3.º

¡Oh infames! ¡Oh traidores!

CIUD. 1.º

¡Oh sangriento espectáculo!

CIUD. 2.º

¡A vengarnos!

TODOS.

¡Venganza! ¡Presto! ¡Búsquense! ¡Incendiemos!

¡Fuego! ¡A matar! ¡A degollar! ¡Que muera

Todo traidor!

ANTONIO.

Compatriotas, calma.

CIUD. 1.º

¡Callad, Callad! Oid al noble Antonio.

2º CIUD.

Lo oiremos y sus huellas seguiremos Hasta morir.

ANTONIO.

Amigos excelentes,

Caros amigos míos, no os conmueva

Mi voz á rebelión tan repentina:

Pundonorosos son los que esto hicieron.

Por desgracia, quizás, privada queja,

Ignorada de mí, movió sus brazos.

Discretos son y son pundonorosos;

Y razones darán que os satisfagan.

No vengo á concitar vuestras pasiones,

Amigos. Orador no soy, cual Bruto,

Sino, cual todos me conocen, franco,

Hombre sencillo que á su amigo amaba,

Y esto lo saben bien los que me dieron

Para hablar de él aquí pública venia.

Ni inteligencia tengo, ni palabra,

Ni mérito, ni estilo, ni ademanes,

Ni el don de la oratoria que enardece

La sangre de los hombres, hablo al caso;
Y os digo lo que todos ya conocen,
Del noble César muerto las heridas
¡Ay pobres mudas bocas! y les pido
Que ellas hablen por mí. Si fuera Bruto,
Y Bruto fuera Antonio, hubiera Antonio
Que exasperara vuestras almas; lengua
Cada herida de César mostraria
Que las piedras de Roma conmoviendo
En rebelión á alzarse las forzara.

TODOS.

¡A rebelarnos!

CIUD. 1.º

¡A incendiar de Bruto

La mansión!

CIUD. 3.º

Vamos, pues, y buscaremos

A los conspiradores.

ANTONIO.

Escuchadme,

Compatriotas, permitid que siga.

TODOS.

Silencio, oid á Antonio. Al noble Antonio.

ANTONIO.

Ni aun sabéis á qué vais, amigos míos.

¿Merece César el cariño vuestro?

No lo sabéis; pues bien, debo aclararlo.

El testamento de que hablé olvidasteis

TODOS.

Verdad. El testamento. ¡Que lo oigamos!

ANTONIO.

¡Aquí lo veis! De César con el sello.

¡De Roma á cada ciudadano deja

A cada cual setenta y cinco dracmas!

CIUD. 2.º

¡Noble César! ¡Su muerte vengaremos!

CIUD. 3.º

¡Oh, regio César!

ANTONIO.

Con paciencia oidme.

TODOS.

Silencio.

ANTONIO.

Y, además, os ha legado

Todas las quintas suyas, sus verjeles

Particulares, sus modernos huertos

A este lado del Tíber. Os los deja

A vosotros, y á vuestros sucesores,

Por siempre, como público recreo,

Para allí pasear y divertiros,

¡Este era un César! ¿Cuándo tendréis otro?

CIUD. 1.º

¡Jamás! ¡jamás! Marchemos de aquí. ¡Vamos!

Quememos en sagrado su cadáver,

Y con las teas á incendiar las casas

De los traidores. Recoged el cuerpo.

CIUD. 4.º

Que traigan fuego.

CIUD. 3.º

Destrozad los bancos.

CIUD. 4.º

Asientos ó ventanas. Cualquier cosa.

(Vanse llevando el cadáver de César.)

ANTONIO.

¡Que cunda, pues! Malignidad humana,

En pie ya estás. Camina á tu capricho.

(Entra un SIERVO.)

¿Qué ocurre, dí?

SIERVO.

Llegó ya Octavio á Roma.

ANTONIO.

¿En dónde está?

SIERVO.

Con Lépido se halla

En la casa de César.

ANTONIO.

Corro á verle.

Ha venido á medida del deseo.

De buen humor se encuentra la Fortuna,

Y todo darnos puede en ese estado.

SIEVIEN.

Dicen que Bruto y Casio, cual dementes,

De Roma por las puertas han huido.

ANTONIO.

Puede ser que supieran de qué modo

Al pueblo conmoví. Llévame á Octavio. (Vanse)

ESCENA III.

Roma.—Una calle.

(Entra CINA el poeta.)

CINA.

Soñé esta noche que cené con César,

Y siniestras imágenes me acosan.

Afán no tengo de salir de casa,

Pero secreta sensación me impulsa.

(Entran CIUDADANOS.)

CIUD. 1.º

¿Tu nombre?

CIUD. 2.º

¿A dónde vas?

CIUD. 3.º

¿Dónde vives?

CIUD. 4.º

¿Eres casado ó soltero?

CIUD. 2.º

Contesta á todo inmediatamente.

CIUD. 1.º

Y brevemente.

CIUD. 4.º

Y con discreción.

CIUD. 3.º

Y con veracidad. Te trae cuenta.

CINA.

Cómo me llamo. A dónde voy. Dónde vivo. Si soy casado ó soltero. Y luego, que responda inmediatamente, y brevemente, y con veracidad, y con discreción. Digo, con discreción, que soy soltero.

CIUD. 2.º

Vale tanto como decir que necios son los que se casan. Me temo que me debes, una bofetada por eso. Sigue, inmediatamente.

CINA.

Inmediatamente voy á los funerales de César

CIUD. 1.º

¿Como amigo ó como enemigo?

CINA.

Como amigo.

CIUD. 2.º

Inmediatamente contestaste á ese punto.

CIUD. 4.º

Ahora sepamos dónde vives, brevemente.

CINA.

Brevemente. Vivo cerca del Capitolio.

CIUD. 3.º

Tu nombre, la verdad.

CINA.

La verdad, me llamo Cina.

CIUD. 1.º

Hacedlo pedazos. Es un conspirador.

CINA.

Soy Cina el poeta. Soy Cina el poeta.

CIUD. 4.º

Hacedlo pedazos por autor de malos versos. Hacedlo pedazos por autor de malos versos.

CINA

No soy Cina el Conspirador.

CIUD. 4.º

No importa. Se llama Cina. Sólo le arrancaremos el nombre del corazón, y le dejaremos ir.

CIUD. 3.º

Hacedlo pedazos. Hacedlo. pedazos. Vamos; teas, fuego á la casa de Bruto.

A la de Casio. Incendiamos todo. Algunos á la casa de Decio. Otros á la de Casca. Otros á la de Ligurio. Vamos. Vamos, (vanse.),

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Habitación en la casa de Antonio.

ANTONIO, OCTAVIO y LÉPIDO sentados alrededor de una mesa.

ANTONIO.

Éstos, pues, deben de morir. Sus nombres Anotados están.

OCTAVIO.

También tu hermano,

Lépido; ¿te conformas?

LÉPIDO.

Me conformo.

OCTAVIO.

Pues anótalo, Antonio.

LÉPIDO.

Pero Publio,

Que es, Marco Antonio, el hijo de tu hermana,

Tampoco vivirá.

ANTONIO.

Que muera. Mira:

Queda con esta marca condenado.

Mas de César ve, Lépido, a la casa.

Su testamento nos traerás. Veremos

Cuáles legados reducir se pueden.

LÉPIDO.

¿Vuelvo después?

OCTAVIO.

Aquí ó al Capitolio.

(Vase Lépido.)

ANTONIO.

Este es un hombre miserable y nulo;
Para mensajes útil. Si partimos
El mundo en tres porciones, ¿debe, acaso,
Ser uno de los tres que lo disfruten?

OCTAVIO.

Tú lo pensaste así, pues que su voto
Aceptas para ver quiénes se anotan
En nuestra negra lista de proscriptos.

ANTONIO.

Octavio, más que tú pasar ví días.
Si le cargamos con honores tales
Para aliviarnos de ominoso peso,
Llevarlos debe, cual el asno el oro.
Sudando y jadeando con la carga
Guiado por nosotros ó arreado.
Después que ese tesoro nos conduzca,
Se le quita la carga; y, despedido,
En pelo que sacuda sus orejas,
Y al ejido á pacer luego se vaya.

OCTAVIO.

Hazlo, mas es leal cual es valiente.

ANTONIO.

Mi caballo lo es; por eso mismo
Exuberante pienso le señalo,
Le enseñó á guerrear, á encabritarse,

A pararse, á correr en línea recta,
Gobernando mi espíritu su cuerpo.
Pues hagamos con Lépido lo mismo.
Se doma, se le enseña y se le manda.
Espíritu infeliz que se alimenta
De imitaciones y de inmundos restos,
Pues lo usado por otros y añejado
Cual nuevo luce. Hablemos de él tan solo
Cual de una propiedad. Mas basta. Escucha,
Octavio, lo importante. Bruto y Casio
Fuerzas reúnen. Para hacerles frente,
Debemos reforzar nuestra alianza,
Mover á los amigos más leales,
Asegurar nuestros recursos todos;
Y, en consejo reunidos, sin demora
Tratar de descubrir planes ocultos,
O de afrontar peligros transparentes.
OCTAVIO.
Sí tal; que al potro estamos hoy sujetos.
Numerosos contrarios nos acosan,
Y algunos que sonrían me parece
Que males mil presagian. (Vanse.)

ESCENA II.

Ante la tienda de Bruto en el campamento cerca de Sardis.

(Tambores. Entran BRUTO, LUCILO, TITINO y soldados.
PÍNDARO les sale al encuentro. LUCIO á cierta distancia.)
BRUTO.

¡Alto!

LUCILO.

La seña y alto.

BRUTO.

Y bien, Lucilo,

¿Dónde está Casio?

LUCILO.

Cerca está. Te quiere

Píndaro ver de parte de su amo.

(Píndaro entrega una carta á Bruto.)

BRUTO.

Es amistosa. Píndaro, ya sea

Por propia inspiración ó mal consejo,

Tu amo me dió motivos suficientes

Para ansiar que lo hecho se anulara.

Mas quiero, si está cerca, cerciorarme.

PÍNDARO.

No dudo que hallarás que tan discreto

Es mi noble señor, como es honrado.

BRUTO.

Nadie lo duda. Díme tú, Lucilo.

¿Cómo te recibió?—Que yo lo sepa.

LUCILO.

Con asaz gentileza y cortesía.

Mas no con ese familiar agracio,

Ni con el modo franco y amistoso

Que usaba en otros tiempos.

BRUTO.

Has descrito

Al ardoroso amigo que se entibia.

Cuando el cariño á marchitarse empieza.

Cuando enferma, Lucilo, ya lo sabes,

Siempre forzadas ceremonias usa.

La pura fe no gusta de artificios;

Mas los que tienen corazones huecos,

Corceles son que, ardientes al principio,

Pregonan su valor y su pujanza.

Mas si sangre les saca el acicate,

El cuello doblan, y, rocines falsos,

La prueba no resisten. ¿Aproxima

Sus fuerzas?

LUCILO.

Deben pernoctar en Sardis.

Los caballos y el grueso de sus tropas

Con Casio vienen. (Marcha dentro.)

BRUTO.

¡Calle! ya se acercan.

Lentamente marchad á recibirlos.

(Entran CASIO y SOLDADOS.)

CASIO.

¡Firmes!

BRUTO

¡Firmes! La seña.

DENTRO.

¡Firmes!

DENTRO.

¡Firmes!

CASIO.

Ofendido me tienes, noble hermano.

BRUTO.

Juzgadme, ¡oh Dioses! ¿A enemigos míos
Ofendo yo? Pues á mi hermano, ¿cómo?
CASIO.

Bajo esas formas tan templadas, Bruto,
La ofensa ocultas, y al hacerla...
BRUTO.

Casio,
Ten calma. Te conozco. Dí tus quejas
En baja voz. Delante de las tropas,
Que deben ver nuestra amistad tan solo,
No disputemos. Díles que se alejen,
Y aquí en mi tienda glosarás tus quejas.

CASIO.

Dí, Píndaro, á los jefes que retiren
De este sitio á las tropas.

BRUTO.

Haz, Lucilo, lo propio, y que ninguno
Entre mientras hablemos en mi tienda.
Lucio y Titino guardarán la entrada. (Vanse.)

ESCENA III.

Interior de la tienda de Bruto.

(Entran BRUTO y CASIO.)

CASIO. Que me ofendiste se demuestra en esto.
Condenaste, infamaste á Lucio Pela
Porque fué por los Sardos sobornado,
Y mi carta, pidiendo por un hombre
Que me era conocido, desdeñaste.

BRUTO.

Con esa petición tú te ofendiste.

CASIO.

En estas circunstancias no conviene

Tan nimio ser en castigar ofensas.

BRUTO.

Pues permíteme, Casio, que te diga

Que aun á tí vituperan porque sabes

Abrir tu mano y vendes y subastas

Los cargos por el oro á gente inepta.

CASIO.

¿Que sé yo abrir mi mano? Bruto, sabes

Que Bruto y nadie más eso me dice.

Si otro lo hiciera, por los Dioses juro

Que estas fueran sus últimas palabras.

BRUTO.

Tal corrupción de Casio el nombre encubre,

Y por eso su faz vela el castigo.

CASIO.

¡El castigo!

BRUTO.

¡Acuérdate de marzo! ¡De los idus

Acuérdate de marzo! ¿Derramada

En aras, dí, no fué de la justicia

De Julio el potentísimo la sangre?

¿Quién, infame, lo hirió que no lo hiriera

De la justicia en nombre? ¿Por ventura,

Los que al hombre más ínclito mataron

Porque encubrió ladrones, hoy pretenden

Manchar sus manos con el vil soborno,

El vasto campo del honor vendiendo
Por la miseria que en el puño cabe?
Antes que tal Romano, can sería
Y ladrara á la luna.

CASIO.

No tolero.

Bruto, que á mí me ladres. Te equivocas
Si quieres reprenderme. Soy soldado
Más antiguo que tú; mas competente
Para asuntos que tú.

BRUTO.

Casio, no.—Calla.

CASIO.

Sí tal.

BRUTO.

Digo que no.

CASIO.

No me provoques,
O de mí no respondo. Ten en cuenta
Que te puede pesar. No me exasperes.

BRUTO.

Indigno, aparta.

CASIO.

Mas ¿será posible?

BRUTO.

Escucha. Quiero hablar. ¿Será preciso
Ante tu ciega cólera inclinarme?
¿Temblar ante el asombro de un demente?

CASIO.

¡Dioses! ¡Oh Dioses! ¿Soportar es fuerza

Todo esto!

BRUTO.

Si, todo. Más acaso.

Enfurécete, pues, hasta que estalle

Tu altivo corazón. Vé. Patentiza

Cuán colérico eres á tus siervos.

Témante tus esclavos. ¿Apartarme,

Observarte, ponerme de rodillas

Debo yo si la cólera te asalta?

¡Juro á los Dioses todos! De tu bilis

Vas el veneno á digerir tú mismo,

Aunque te haga estallar; pues desde ahora

De tí me burlaré, pienso reirme

Cuando iracundo estés,

CASIO.

¿Y el fin es este?

BRUTO.

¿No dices que eres tú mejor soldado?

Pues pruébalo. Confirma tu jactancia.

Yo lo celebraré; pues, por mi parte,

De hombre más hábil aprender deseo.

CASIO.

Me ofendes más y más y en todo,

Bruto. Mejor no dije; dije más antiguo.

¿Dije mejor?

BRUTO.

Si acaso, no me importa.

CASIO.

César tratarme así no osara nunca.

BRUTO.

¡Bah! Nunca así desesperale osaras.

CASIO.

¿No osara?

BRUTO.

No.

CASIO.

¿No osara provocarle?

BRUTO.

¡No osaras, por tu vida!

CASIO.

Demasiado

Con mi amistad no cuentas, que pudiera

Hacer lo que por siempre lamentara.

BRUTO.

Lo que debieras lamentar has hecho.

Casio, tus amenazas no me aterroran.

De mi honradez tan fuerte es la armadura,

Que, cual el viento que desprecio, pasan.

Cierta suma de oro me negaste

Que te mandé pedir, pues no me es dado

Por torpes medios levantar dinero.

Te juro que mejor acuñaría

Mi corazón y convirtiera en dracmas

Mi sangre gota á gota, que vilmente

Arrebatara pitanza miserable

De las manos callosas de un labriego.

Oro yo te pedí para mis tropas:

Rehusaste. ¿Díme cómo Casio obraste?

Yo á Cayo Casio nunca así tratara.

CASIO.

Jamás te lo negué.

BRUTO.

Sí tal.

CASIO.

No es cierto.

Un imbécil te trajo mi respuesta.

Mi corazón has taladrado, Bruto.

Conllevar los defectos del amigo

Al amigo le toca; pero agrandas,

Bruto, los míos.

BRUTO.

Sólo cuando quieres

Que yo por ellos sufra.

CASIO.

No me aprecias.

BRUTO.

No celebro tus faltas.

CASIO.

Esas faltas

Jamás vieran los ojos del amigo.

BRUTO.

Los del adulador, por más que lucen

Cual el Olimpo grandes.

CASIO.

Antonio, ven, y ven, joven Octavio;

Saciad vuestra venganza en Casio solo,

Que harto del mundo ya Casio se halla.

Lo detesta su amigo, lo escarnece

Su hermano, lo castigan como á siervo;

Escudriñan sus faltas, que se apuntan,

Que se estudian y aprenden de memoria
Para luego arrojárselas en rostro.
¡Oh, mi espíritu en lágrimas vertiera!
Ten mi puñal. Desnudo está mi pecho.
Hay dentro un corazón, al que no igualan
Las minas de Plutón, oro ninguno.
Arráncamelos, pues, si eres Romano.
Mi corazón, si oro negué, te entrego.
Hiéreme cual á César; que me consta
Que cuando más lo odiaste, lo quisiste
Más que en tu vida tú quisiste á Casio.
BRUTO.

Envaina tu puñal, y desahoga
Tu mal humor. Harás lo que quisieres
Aun la deshonra juzgaré que es chanza.
Con un cordero estás uncido, oh Casio.
En él la ira existe, cual existe
Fuego en el pedernal; al golpearle
La chispa da, mas rápido se enfría.
CASIO.

¿Y Casio vive para ser ludibrio,
Causar la risa de su amado Bruto
Cuando el enojo y el dolor lo agobian?
BRUTO.

Enojado también aquello dije.
CASIO.

¡Y lo confiesas tú? Dáme tu mano.
BRUTO.

Toma también mi corazón.
CASIO.

Oh Bruto...

BRUTO.

¿Qué?

CASIO.

¿No me tienes amistad bastante

Para sobrellevar el genio pronto

Que mi madre me ha dado y que me ciega?

BRUTO.

Sí, Casio, y desde ahora, si te enojas

En exceso con Bruto, que regaña

Tu madre pensaré sin ofenderme.

POETA.

(Dentro.) Ver á los generales permitidme.

Están enemistados, y no es justo

Dejarlos solos.

LUCIO.

(Dentro.) No entraréis.

POETA.

(Dentro.) La muerte

Sólo me detendrá.

(Entra el POETA seguido de LUCIO y TITINO.)

CASIO.

¡Decid! ¿qué pasa?

POETA.

¡Qué oprobio, generales! ¿Cómo es esto?

Haya paz. Sed amigos, como deben

Ser dos personas de tan gran valía.

A un viejo caso haced, por vida mía.

CASIO .

¡Y qué mal rima el cínico insolente!

BRUTO.

¡Fuera de aquí, desvergozado, fuera!

CASIO.

No le hagas caso, Bruto, que es su estilo.

BRUTO.

Sabré cuál es su estilo, cuando sepa

Él oportuno ser. ¿Para qué acuden

A las guerras tan necios cantadores?

Vámonos, compañero.

CASIO.

Fuera. Fuera.

(Vase el Poeta.)

BRUTO.

Id, Lucilo y Titino, que acuartelen

Esta noche los jefes sus legiones.

CASIO.

Volveréis, y Mesala con vosotros

Que al punto venga.

(Vanse Lucilo y Titino.)

BRUTO.

Lucio, danos vino.

CASIO.

Nunca pensé que así te enojarías.

BRUTO.

Grandes penas, oh Casio, me atormentan.

CASIO.

Filósofo no eres, si te agobian

Pasajeras desdichas.

BRUTO. Nadie sufre

Como yo su desgracia. Porcia ha muerto.

CASIO.

¿Qué dices? Porcia...

BRUTO.

Muerta.

CASIO.

¿Cómo pude eludir que me mataras

Al disputar contigo de esa suerte?

¡Oh pérdida terrible y dolorosa! ¿De qué murió?

BRUTO.

De angustia por mi ausencia,

Y pena al ver que Octavio y Marco Antonio

Terreno iban ganando. Tal noticia

Llegó con la noticia de su muerte.

Y ascuas tragó desesperada entonces,

Cuando sola quedó.

CASIO.

¿Murió por eso?

BRUTO.

Verdad cruel.

CASIO.

¡Oh Dioses inmortales!

(Entra LUCIO con vino y un cirio.)

BRUTO.

No la nombremos más. Venga la copa.

Aquí sepultaré, Casio, mi enojo. (Bebe.)

CASIO.

Tiene mi pecho sed del brindis ése.

Llena, Lucio, la copa y que rebose.

No me hartaré de la amistad de Bruto (Bebe.)

BRUTO.

Entra, Titino. (Vase Lucio.)

Vuelven á entrar TITINO con MESALA.

Bien venido seas,

Buen Mesala. Sentémonos ahora

En torno de esta luz; y los asuntos

Discutiremos.

CASIO.

¡Porcia ya no existe!

BRUTO.

¡No más! ¡No más! He recibido cartas,

Mesala, en que me dicen que á Filipos

Grandes fuerzas Octavio y Marco Antonio

Contra nosotros encaminan.

MESALA.

Tengo

Idénticas noticias.

BRUTO.

¿Nada añaden?

MESALA.

Que Octavio, Antonio y Lépido, por auto

De proscripción, á muerte han condenado

A unos cien Senadores.

BRUTO.

Nuestras cartas

No concuerdan. Setenta Senadores

Han perecido ya, dicen los míos.

Cicerón uno.

CASIO.

¡Cicerón!

MESALA.

Ha muerto

Por esa ley de proscripción. ¡Tuviste
Escrito de tu esposa?

BRUTO.

No, Mesala.

MESALA.

¿Ni de ella te dan nuevas?

BRUTO.

No, Mesala.

MESALA.

Pues lo extraño.

BRUTO.

¿Por qué me lo preguntas?

¿Qué sabes?

MESALA.

Nada sé.

BRUTO.

Como Romano

Que eres tú, dime la verdad.

MESALA.

Soporta

Como Romano la verdad, entonces.

Sabe que ha muerto y de manera extraña.

BRUTO.

¡Adiós, Porcia! Morir es necesario,

Mesala; y, meditando en lo forzosa

Que era su muerte un día, con paciencia

Ahora su muerte soportar consigo.

MESALA.

Así los grandes hombres, penas grandes

Deben sobrellevar.

CASIO.

Es mi doctrina

La tuya, pero así sobrellevarlas

No pudiera jamás.

BRUTO.

A nuestra obra.

¿Marchar no se debiera de seguida

A Filipos?

CASIO.

No juzgo que convenga.

BRUTO.

La razón.

CASIO.

Allá va. Más nos conviene

Que nos venga á buscar el enemigo;

Pues de ese modo apura sus recursos.

Fatiga á sus soldados y se daña,

Mientras que aquí nosotros le esperamos

Descansados, dispuestos y en acecho.

BRUTO.

Los buenos argumentos á mejores

Deben siempre ceder. De aquí á Filipos

Poco afectos nos son los naturales,

Que aun dar contribuciones eludieron,

El enemigo, entre ellos caminando,

Aumentará su número, y más fuerte

Llegará de ese modo y con más brío.

Mas no podrán gozar de esas ventajas

Si á su encuentro marchamos á Filipos,

Dejando á las espaldas á esa gente.

CASIO.

Querido hermano, escúchame.

BRUTO.

Perdona.

Ten presente también que ya nos dieron

Todo nuestros amigos. Que repletas

Están nuestras legiones, y madura

La causa nuestra está; que el enemigo

Aumenta sin cesar, mientras nosotros,

Ahora en la cumbre, declinar podemos.

En humanos asuntos hay mareas

Que en creciente tomadas, nos conducen

A la prosperidad: si no circundan

Escollos el viaje de la vida.

En semejante mar hoy navegamos

Y la corriente aprovechar debemos

O sucumbir.

CASIO.

Marchemos, pues, si quieres.

A buscarlos iremos á Filipos.

BRUTO. Hablando nos llegó la media noche

Y debe obedecer naturaleza

A la necesidad. Breve reposo

Racionémosle, pues. ¿Qué más te ocurre?

CASIO.

Nada más; buenas noches. Con el alba

Partiremos de aquí.

BRUTO.

Mi manto, Lucio.

Mesala, adiós. Titino, buenas noches,
Y buenas noches, noble, noble Casio.
A descansar.

CASIO

¡Querido hermano mío!

Tuvo esta noche pésimo comienzo.

Nunca jamás discordias semejantes

Separan nuestras almas: nunca, Bruto.

BRUTO.

Todo ha pasado ya.

CASIO.

Felices noches.

BRUTO.

Felices noches tú, querido hermano.

TITINO y MESALA. Buenas noches, señor.

BRUTO.

Salud á todos.

(Vanse Casio, Titino y Mesala.)

(Vuelve á entrar LUCIO con el manto.)

Mi manto dame. ¿Dónde está tu lira?

LUCIO.

Aquí en la tienda.

BRUTO.

¡Estás medio dormido!

¡Infeliz! no te culpo, que te tienen

En vela por demás. A Claudio llama,

Y á otro siervo también; quiero que duerman

Aquí sobre cojines en mi tienda.

LUCIO.

¡Varro! ¡Claudio!

(Entran VARRO y CLAUDIO.)

VARRO y CLAUDIO.

¿Llamaba el amo nuestro?

BRUTO.

Amigos, acostáos os suplico,
Y dormid en mi tienda, que más tarde
Puede ser que os despierte y os confíe
Una misión para mi hermano Casio.

VARRO.

Señor, si te parece, en pie podemos
Órdenes esperar.

BRUTO.

No lo permito.

Acostáos, amigos. Por ventura
Puedo mudar de parecer. ¡Eh, Lucio!
Aquí está el libro que buscaba tanto:
Lo puse de mi veste en el bolsillo.

LUCIO.

Cierto estaba que á mí no me lo diste
Para guardar, señor.

BRUTO.

¡Pobre muchacho!

¡Perdóname si soy olvidadizo!

¿Tus párpados pesados, díme, puedes
Levantar, y cantarme un par de estrofas?

LUCIO.

Sí, señor, si te agrada.

BRUTO.

Sí, muchacho.

Por demás te molesto, mas conozco

Tu buena voluntad.

LUCIO.

Deber es mío.

BRUTO.

Tu deber reclamar no deseara

Más allá de tus fuerzas; y descanso

Necesita, lo sé, la sangre joven.

LUCIO.

Ya he dormido, señor.

BRUTO.

Perfectamente.

Y á dormir volverás. Por poco tiempo

Te detendré. Contigo bondadoso

Seré mientras viviere.

(Música. Una canción: al final Lucio se duerme.)

¡Somnolienta canción! Sueño asesino,

¿Dejas caer tu poderosa maza

Sobre el joven que música te ofrece?

¡Joven gentil, descansa! No deseo

Tu sueño interrumpir, pero la lira

Vas á romper si inclinas la cabeza.

Yo te la quitaré. Joven, descansa

Vamos á ver; vamos á ver. ¿Del libro

No doblé yo la hoja? Quizá es ésta.

(Entra la SOMBRA de CÉSAR.)

Qué mal arde esta luz. Oh ¿quién es ése?

¿Son mis débiles ojos quienes forjan

La monstrüosa aparición que avanza?

¿Eres algo, eres Dios, numen ó genio,

Que me hiela la sangre y me espeluzna?

Contéstame. ¿Quién eres?

SOMBRA.

Bruto, tu mal espíritu.

BRUTO.

¿Qué traes?

SOMBRA.

Decirte que en Filipos nos veremos.

BRUTO.

¿Otra vez nos veremos?

SOMBRA.

En Filipos.

BRUTO.

Está bien. Nos veremos en Filipos.

(Vase la sombra).

¿Cuando mi brío recobré te ahuyentas?

Espíritu, quisiera más decirte.

¡Muchacho! ¡Lucio! ¡Varro! ¡Claudio! ¡Presto!

¡Despertad! ¡Claudio!

LUCIO.

Están, señor, las cuerdas destempladas.

BRUTO.

Piensa tañer aún. Lucio, despierta.

Soñabas, Lucio, cuando así gritaste.

LUCIO.

No recuerdo, señor, haber gritado.

BRUTO.

Pues tú gritaste. Díme lo que viste.

LUCIO.

Nada, señor.

BRUTO.

Sigue durmiendo, Lucio.

Hola, tú, Claudio. Escucha, tú, despierta.

(A Varro.)

VARRO.

Señor.

CLAUDIO.

Señor.

BRUTO.

¿Por qué al soñar gritasteis?

VARRO y CLAUDIO. Señor, ¿hemos gritado?

BRUTO.

¿Qué habéis visto?

VARRO.

Nada he visto, señor.

CLAUDIO.

Ni yo tampoco.

BRUTO.

Id á mi hermano Casio, y que sus tropas

Ponga temprano en marcha, que más tarde

Las mías seguirán.

VARRO y CLAUDIO.

Serás servido. (Vanse.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Las llanuras de Filipos.

(Entran OCTAVIO, ANTONIO y su ejército.)

OCTAVIO.

No se confirma tu opinión, Antonio.

Que no osara bajar el enemigo.

Dijiste tú; que fuerte en la montaña

Y en las altas mesetas quedaría:

No es así; se disponen á la lucha.

Aquí, en Filipos, afrontarnos quieren,

Y antes que demandemos nos responden.

ANTONIO.

¡Bah! Los comprendo. Sé por qué tal hacen

A otro sitio se fueran; mas avanzan

Con el valor del miedo, imaginando

Que con esa ficción han de inducirnos

A creer en el brío que no tienen.

(Entra un MENSAJERO.)

MENSAJ.

¡Alerta, generales! En batalla

Avanza el enemigo, enarbolando

El emblema sangriento del combate,

Y de seguida prepararse es fuerza.

ANTONIO.

Octavio, con tus tropas lentamente

Del campamento por la izquierda avanza.

OCTAVIO.

Por la derecha yo; tú por la izquierda.

ANTONIO.

¿Por qué en apuro tal me contradices?

OCTAVIO.

Lo que te digo haré; no contradigo. (Marcha.)

(Tambores. Entran BRUTO, CASIO y su ejército, LUCINO,
TITINO, MESALA y otros.

BRUTO.

Se paran. Quieren parlamento.

CASIO.

¡Firmes!

Titino, es fuerza discutir con ellos.

OCTAVIO.

¿Sonamos el ataque, Marco Antonio?

ANTONIO.

No: respondamos, César, a su ataque.

¡Marchen! Hablar los generales quieren.

OCTAVIO.

Hasta dar la señal nadie se mueva.

BRUTO.

Antes hablar que herir. Compatriotas,

¿No es así?

OCTAVIO.

No por eso preferimos

El hablar como tú.

BRUTO.

Buenas palabras

Valen, Octavio, más que malos golpes.

ANTONIO.

Con malos golpes das palabras buenas.

Sí; taladraste el corazón de César,

Y «viva César» exclamaste.

BRUTO.

Antonio.

La fuerza de tus golpes ignoramos;

Mas tu palabra de la abeja hiblea

Robó la miel.

ANTONIO.

El aguijón dejéle.

BRUTO.

Ni voz siquiera. Su zumbido mismo

Le arrebataste, Antonio, y con cordura

Nos amenazas sin herir.

ANTONIO.

¡Infames!

¡Eso no hicisteis cuando, hiriendo á César,

Se atrepellaron vuestras viles dagas!

Sonreisteis cual jimios, cual lebreles

Lo halagasteis. Besasteis de rodillas,

Como esclavos, sus pies; y, mientras tanto,

Casca el maldito, por detrás, vil perro,

A César pudo herir. ¡Aduladores!

CASIO.

¡Aduladores...! Date gracias, Bruto.

No insultara esa lengua de ese modo

A haberse oído la opinión de Casio.

OCTAVIO.

Vamos, pues, al asunto. Si argumentos

Sudor nos hace derramar, las pruebas

A estas gotas darán color más rojo.

¡Contemplad!

Mi espada enhiesta ved contra traidores.

¿Cuándo esta espada volverá a su vaina?

O vengará las treinta y tres heridas

De César, ó agregado irá otro César

A los despojos de traidores hierros.

BRUTO.

No morirás á manos de traidores,
A no ser, César, que contigo vengan.

OCTAVIO.

Así lo espero. Porque no he nacido
Para morir por el puñal de Bruto.

BRUTO.

¡Oh joven! Ni al más digno de tu raza
Hallar le es dado más honrosa muerte.

CASIO.

¡Necio escolar! Indigno de tal honra,
A un farsante ligado, á un libertino.

ANTONIO.

¡Casio el viejo de siempre!

OCTAVIO.

Ven, Antonio.

A la cerviz os lanzaré mi reto.
Salid, traidores, á luchar al campo,
Hoy mismo, ó cuando el ánimo os impulsa.

(Vanse Octavio, Antonio y su ejército.)

CASIO.

Ahora, vientos, rugid; hinchaos, olas:
Nave, á flotar, que la borrasca llega,
Y ya la suerte es árbitra de todo.

BRUTO.

¡Eh, tú, Lucilo! Oye una palabra.

LUCILO. Señor. (Bruto y Lucilo hablan aparte.)

CASIO.

Mesala.

MESALA.

General, ¿qué es ello?

CASIO.

Años cumplo, Mesala, en este día.
Sí, tal día cual hoy la luz vió Casio.
Tu mano, pues, Mesala. Sé testigo
De que así cual forzaron á Pompeyo
Contra su voluntad, á mí me fuerzan
A aventurar en un encuentro solo
Las libertades nuestras. De Epicuro
Mantuve siempre la opinión: te consta.
Pues ya mudé de parecer; y creo
Que, á veces, los sucesos se presagian.
Sobre la enseña nuestra se posaron
Dos águilas magníficas, viniendo
De Sardis, y cuidadas y cebadas
A mano fueron por las tropas nuestras,
Sirviéndonos de escolta hasta Filipos.
Hoy volaron, huyeron; y ahora, grajos,
Cuervos y buitres, á su vez, se ciernen
Sobre nuestras cabezas, y nos miran
Juzgándonos botín agonizante.
Dose fatal sus sombras asemejan,
Y á su influjo, las tropas desfallecen.

MESALA.

No lo creas,

CASIO.

Lo creo sólo en parte;
Que á afrontar los peligros me preparo
Con decisión y espíritu sereno.

BRUTO.

Así, Lucilo.

CASIO.

Noble Bruto, escucha.

Hagan los Dioses hoy que en paz y amigos

A la vejez avancen nuestros días;

Mas, siendo incierta del mortal la suerte,

Qué hacer, si ocurre lo peor, pensemos.

Si se perdiera la batalla, es esta

La última vez que juntos conversamos.

¿Qué hacer en ese caso te propones?

BRUTO.

Conforme con preceptos que me hicieron

A Catón inculpar porque la muerte

A. sí propio se dió (por qué, lo ignoro,

Pero vil y cobarde considero

Apresurar el curso de la vida

Por el temor de lo que ocurra) armarme

De paciencia, esperando los mandatos

Del excelso poder que aquí nos rige.

CASIO.

Entonces, si perdemos la batalla,

¿Te agrada que en su triunfo te conduzcan

De Roma por las calles?

BRUTO.

No, Casio, no. Jamás, noble Romano

A Roma llevarán cautivo á Bruto.

Su gran alma lo veda. Mas precisa

Llegar al fin hoy mismo de la obra

Que los idus de marzo comenzaron;

E ignoro yo si á vernos volveremos.
Nuestro eternal adiós éste, pues, sea.
Por siempre adiós; adiós por siempre, Casio.
Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;
Y si no, bien estuvo el despedirnos.

CASIO.

Por siempre adiós; adiós por siempre, Bruto.
Si otra vez nos hallamos, sonreiremos;
Si no... sí... bien estuvo el despedirnos.

BRUTO.

Pues bien. Avanza. ¡Quién saber pudiera
El fin de los sucesos de este día!
Mas pues que fin tendrán, que eso nos baste.
Que el fin así sabremos. ¡Vamos! ¡Vamos! (vanse.)

ESCENA II.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campamento.

(Clarines. Entran BRUTO y MESALA.)

BRUTO.

Vé, galopa, Mesala, y esta orden
Del otro flanco á las legiones lleva.
Que al punto ataquen, pues tibieza observo
En el ala de Octavio. Repentino
Ataque, de seguro los arrolla.
A galope, Mesala. Dí que avancen. (vanse.)

ESCENA III.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

(Clarines. Entran CASIO y TITINO.)

CASIO.

Titino, observa. Los villanos huyen.

Yo me he vuelto enemigo de los míos

Esta mi enseña, que aquí ves, huía,

Pero, maté, se la quité al cobarde.

TITINO.

Casio, Bruto atacó fuera de tiempo,

Creyó tener ventaja sobre Octavio

Y la siguió con demasio brío.

Se entregan sus soldados al pillaje,

Y á nosotros Antonio nos circunda.

(Entra PÍNDARO.)

PÍNDARO.

Huye lejos, señor. Huye más lejos.

Ha cogido tus tiendas Marco Antonio.

Huye, pues, noble Casio... más, más lejos.

CASIO.

Este collado está lejos bastante.

Titino, mira. ¿Son mis tiendas esas

Que miro arder?

TITINO.

Lo son.

CASIO.

Si es que me quieres,

Titino, mi caballo monta, y clava

El aguijón en él, hasta que alcances

A ver á aquellas tropas, y retornes,

Y me persuada, de una vez, si tropas

Del enemigo son ó gente nuestra.

TITINO.

Rápido volaré cual pensamiento. (Vase.)

CASIO.

Trepa el collado, Píndaro. Mi vista
Siempre imperfecta fué. Sigue á Titino
Y dime lo que notes en el campo.
(Píndaro sube por el collado).

La luz primera he visto en este día.
¡Pues que principio fué, término sea,
Y el ciclo de mi vida aquí se cierre!
Dí ¿qué ves?

PÍNDARO.

(Desde lo alto.) ¡Oh, señor!

CASIO.

¿Qué ves?

PÍNDARO.

(Desde lo alto). Titino
Envuelto está... Jinetes lo persiguen...
Pero espolea... Rápidos le alcanzan...
Vuela Titino... Se desmontan varios;
También Titino... prisionero... escucha .. (Gritos.)
Alegres gritan.

CASIO.

Ven, y más no veas.
¡Oh cobarde! ¡Vivir mientras cautivan,
En mi presencia, á mi mejor amigo!
(Píndaro baja del collado).
Ven. Al hacerte en Partia prisionero,
Y al salvarte la vida, me juraste

Obedecer mis órdenes sumiso.

Tu juramento cumple. Ven: sé libre;
Y con este buen hierro que de César
Las entrañas hirió, mi pecho busca.
No respondas. El puño ten; y cuando
Cubierto tenga el rostro cual ahora,
Hiéreme. Ya vengado te hallas, César;
Y con la espada que causó tu muerte. (Muere).

PÍNDARO.

¡Libre por fin! Mas no por gusto mío.
¡Oh Casio! Lejos Píndaro camina
Donde nunca Romano vuelva á verlo.
(Vuelven á entrar TITINO y MESALA.)

MESALA.

Es empate, Titino, pues á Octavio
Han vencido de Bruto las legiones,
Cual ha vencido á las de Casio Antonio.

TITINO.

Dará consuelo á Casio la noticia.

MESALA.

¿En dónde se quedó?

TITINO.

Desconsolado

Con Píndaro, su siervo, en este monte.

MESALA.

¿No es ése allí tendido?

TITINO.

No asemeja

Vida tener. ¡Ay triste!

MESALA.

Dí, ¿no es ése?

TITINO.

Lo fué, Mesala. Ya no existe Casio.
Como entre rojos rayos esta noche
Te ocultas, sol poniente, muere el día
De Casio con su roja sangre envuelto.
¡El sol de Roma, nuestro sol se puso!
Nubes, venid, escarchas y desdichas.
¡Nuestras hazañas todas hoy concluyen!
¿Su recelo por mí, le indujo al acto!

MESALA.

Su recelo del fin le indujo al acto.
Funesto error, de la tristeza engendro,
¿Por qué al mísero espíritu del hombre
Haces ver cual verdad lo que no existe?
Error rápidamente concebido.
Nunca feliz alumbramiento logras
Sin matar á la madre que le engendra.

TITINO.

¿Píndaro dónde está? Píndaro, escucha.

MESALA.

Búscaló tú, Titino. Yo al encuentro
Del noble Bruto iré con la noticia
Sus oídos á herir. A herir, bien digo
Que ni puñal ni dardo envenenado
A Bruto punzarán cual esta nueva.

TITINO.

Mientras que busco á Píndaro, Mesala,
Irte puedes. (Vase Mesala.)

¿Por qué, valiente Casio,

Tus órdenes me diste? ¿Por ventura,
A tus amigos no encontré? ¿Mis sienes
Con estas hojas de laurel no ornaron,
Rogándome que á tí te las ciñera?
¿Sus entusiastas gritos no escuchaste?
¿Ay, falsamente interpretaste todo!
Mas ten esta corona que te ciño,
Que Bruto me ordenó que te entregara;
Cumpro así su mandato. Ven, oh Bruto,
Y cuánto quise á Cayo Casio mira.
¿Dioses, con vuestra venia! Cual Romano
Obraré. ¿Casio, quedará tu espada
De Titino en el pecho sepultada! (Muere.)

(Clarines. Vuelve á entrar MESALA Con BRUTO, CATÓN el Joven,
ESTRATO, VOLUMNIO y LUCILO.)

BRUTO.

¿Dónde, Mésala, dónde el cuerpo yace?

MESALA

Vedlo allí con Titino, que lo llora.

BRUTO

Titino al cielo mira.

CATÓN.

Yace muerto.

BRUTO.

¿Oh Julio César, fuerte todavía!

Vagando está tu espíritu, y diriges

Contra nosotros mismos nuestras armas.

(Clarines lejos.)

CATÓN.

Al muerto Casio coronó Titino.

BRUTO.

¡Aun hallo dos Romanos cual vosotros?

Adiós, último tú de los Romanos.

Otro cual tú no ha de nacer en Roma.

Mas lágrimas le debo á este cadáver,

Que me veréis pagar, amigos míos.

¡Pero, Casio, vendrá, vendrá la hora!

Su cuerpo, pues, que se conduzca á Taso;

Que en nuestro campamento funerales

No se le harán, pues nos faltara el brío.

Lucilo, tú; Joven Catón, al campo.

Labëón, Flavio, avancen nuestras tropas.

Son las tres. Renovemos la pelea

Antes, Romanos, que de noche sea. (vanse.)

ESCENA IV.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

(Clarines. —Entran luchando SOLDADOS de ambos ejércitos, después BRUTO, CATÓN el Joven LUCILO y otros.)

BRUTO.

¡Resistid, resistid, paisanos míos!

CATÓN.

¿Y qué bastardo no? ¿Quiénes me siguen?

Proclamaré mi nombre por el campo.

Ved de Marco Catón al hijo. Vedlo.

Juez de tiranos, de su patria amigo.

Ved de Marco Catón al hijo. ¡Vedlo!

(Cargando al enemigo).

BRUTO.

Y ved á Bruto. Marco Bruto es éste;

Bruto el amigo de su patria, Bruto.

(Vase, cargando al enemigo Catón el Joven, y dominado cae.)

LUCILO.

¡Joven Catón, noble Catón, caíste!

Cual Titino valiente, tú la gloria

Logras que cuadra de Catón al hijo.

SOLD. 1.º

Ríndete ó mueres.

LUCILO

A la muerte sólo

Me rindo yo. Ten, pronta muerte dame.

(Ofreciendo dinero.)

A Bruto mata. Te honrará su muerte.

SOLD. 1.º

No morirá tan noble prisionero.

SOLD. 2.º

Plaza. Que sepa Antonio que apresado

Ha sido Bruto.

SOLD. 1.º

Llevaré !a nueva.

Se acerca el General. Bruto está presa,

Bruto está preso.

(Entra ANTONIO.)

ANTONIO.

Dí, ¿dónde se halla?

LUCILO

Antonio, salvo está. Bruto está salvo.

Y contrario ninguno—te lo fío—

Vivo podrá coger al noble Bruto.

¡De oprobio tal los Dioses le protejan!
Cuando hallarlo logréis, ó vivo ó muerto.
En él el Bruto encontraréis de siempre.

ANTONIO.

Bruto no es éste, amigos; pero presa
De no menos valor. Aseguradlo,
Pero tratadle con bondad. Ansiara
Que mis amigos fueran tales hombres,
No enemigos. Seguid, y ved si á Bruto,
Vivo ó muerto, encontráis, y la noticia
Luego á la tienda llevaréis de Octavio,
Con cuanto más ocurra. (Vanse.)

ESCENA V.

Las llanuras de Filipos.—Otra parte del campo.

(Entran BRUTO, DARDANIO, CLITO, ESTRATO y VOLUMNIO.)

BRUTO.

Venid y descansad sobre esta roca,
Tristes restos de amigos que me quedan.

CLITO.

Arder se vió la antorcha de Estatilo,
Mas no volvió. Fué prisionero ó muerto.

BRUTO.

Siéntate, Clito. De matar se trata.
Es una hazaña al uso. ¡Clito, escucha!

(Le Habla en secreto.)

CLITO.

¡Yo, señor! Ni por todo el universo.

BRUTO.

Basta. No más.

CLITO.

¡Mejor me suicidara!

BRUTO.

Dardanio, escucha tú. (Le habla en secreto.)

DARDAN.

¿Yo hacer tal cosa?

CLITO.

Dardanio.

DARDAN.

Clito.

CLITO

¿Qué te ruega Bruto?

DARDAN.

Matarlo, Clito. Míralo, medita.

CLITO.

Precioso vaso de dolor repleto

Que por los tristes párpados rebosa.

BRUTO.

Aquí, Volumnio, ven. Una palabra.

VOLUM.

¿Qué me quieres, señor?

BRUTO.

Esto, Volumnio.

Ya de César la sombra por dos veces

De noche ví. La vez primera en Sardis,

Y esta noche en Filipos la segunda.

Sé que llegó mi hora.

VOLUM.

No lo creas.

BRUTO.

Volumnio, cierto estoy. Ya ves, Volumnio,
Cómo este mundo va. Nuestros contrarios
Nos han cavado ya la sepultura. (Clarines lejos.)
Más honroso nos es lanzarnos dentro,
Que esperar á que en ella nos arrojen.
Buen Volumnio, á la escuela fuimos juntos;
Por tu antigua amistad te lo suplico;
Mi espada ten, mientras me arrojó á ella.

VOLUM.

Un amigo servirte así no puede. (Clarines.)

CLITO.

Huye, señor. No te detengas, huye.

BRUTO.

Queda con Dios. Adiós. Adiós, Volumnio.
Estrato, tú, que mientras tanto duermes,
También te digo adiós. Paisanos míos,
Mi corazón de regocijo late,
Al ver que de mi vida en el transcurso
Nadie encontré que desleal me fuera.
Yo lograré con tan infausto día
Gloria mayor que Octavio y Marco Antonio
Alcanzarán por esta vil victoria.
Adiós á todos, que la voz de Bruto
La historia ya narró de su existencia.
Nocturna oscuridad mi vista envuelve;
Mis trabajados huesos, que tan solo
Lograron este fin, reposo piden. (Clarines.)
VOCES DENTRO. Huid, huid, huid.

CLITO.

Huye, huye, señor.

BRUTO.

Idos. Ya os sigo.

(Vanse Clito, Dardanio y Volumnio.)

Con tu señor te ruego que te quedes

Eres hombre de bien. La vida tuya

Repleta está de acciones que te honran;

Así, pues, ten mi espada, y vuelve el rostro

Mientras que yo me arrojo sobre ella.

¿Lo harás, Estrato?

ESTRATO.

Que tu mano estreche

Primero. Adiós, señor.

BRUTO

Adiós, Estrato.

Descansa, César. Menos decidido

Pedí tu muerte que mi muerte pido.

(Se arroja sobre su espada y muere.)

(Clarines. Retirada. Entran OCTAVIO, ANTONIO, MESALA, LUCILO y ejército.)

OCTAVIO.

¿Ése quién es?

MESALA.

El siervo de mi jefe.

¿Dónde está tu señor?

ESTRATO.

Mesala, libre

Ya de la esclavitud en que te hallas.

Una hoguera y no mas sus vencedores

Podrán hacer con él, porque vencido
Solo por sí fué Bruto, y nadie logra
Honrarse con su muerte.

LUCIO.

De este modo
Se debe hallar á Bruto. Gracias, Bruto.
La opinión confirmaste de Lucilo.

OCTAVIO.

A todo servidor de Bruto amparo.
¿Me quieres tú servir?

ESTRATO.

Sí, si su venia
Me da Mesala.

OCTAVIO.

Dásela, Mesala.

MESALA.

Dí de qué modo mi señor ha muerto.

ESTRATO.

Su espada tuve mientras él se hería.

MESALA.

Haz que te sirva, Octavio, quien ha hecho
A su señor el último servicio.

ANTONIO.

Fué el más noble Romano de entre todos,
Pues los demás conspiradores fueron
Movidos todos de su envidia á César
El, por nobles ideas impulsado,
A ellos unióse para el bien de todos.
Dulce su vida fué. Los elementos
En él tan combinados, que bien pudo

Orgullosa exclamar naturaleza:

«Un hombre ahí ved», al universo entero.

OCTAVIO.

Honremos su virtud como merece,

Cumpliendo con los ritos funerales.

Esta noche sus huesos en mi tienda

Reposarán con la guerrera pompa

Del soldado.—Las tropas, pues, descansen,

Y á dividir nosotros, si os agrada,

Las glorias de tan próspera jornada. (Vanse.)

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es